



4
1921

F
1975

ALFONSO E. OLLERO

SUEÑOS

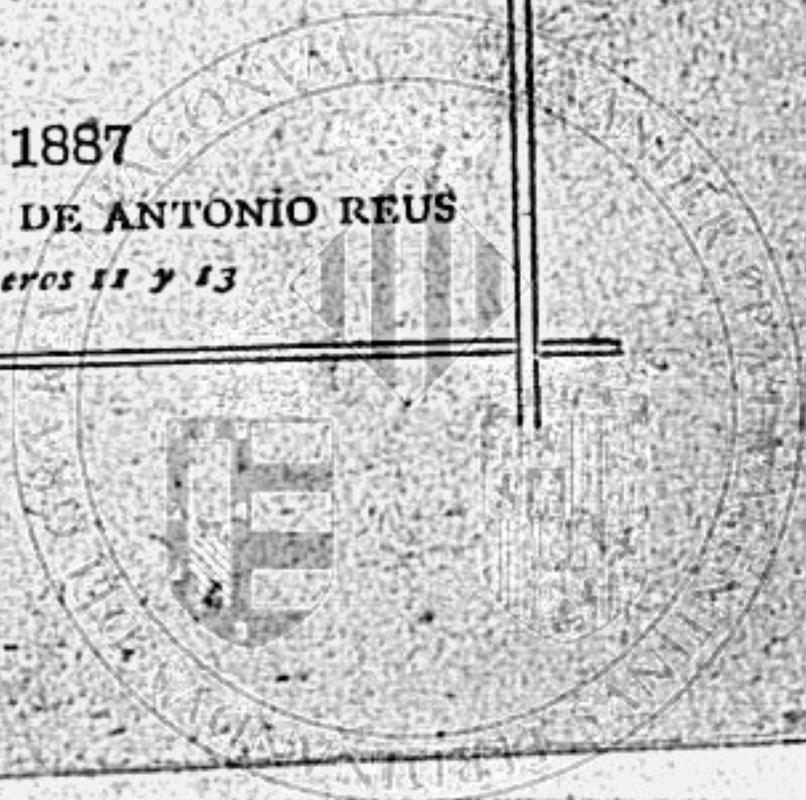
POEMA



ALICANTE: 1887

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ANTONIO REUS

calle de Jorge Juan, números 11 y 13



UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
Biblioteca



80001654426



SUEÑOS



F
1975



SUEÑOS

POEMA ORIGINAL

DE

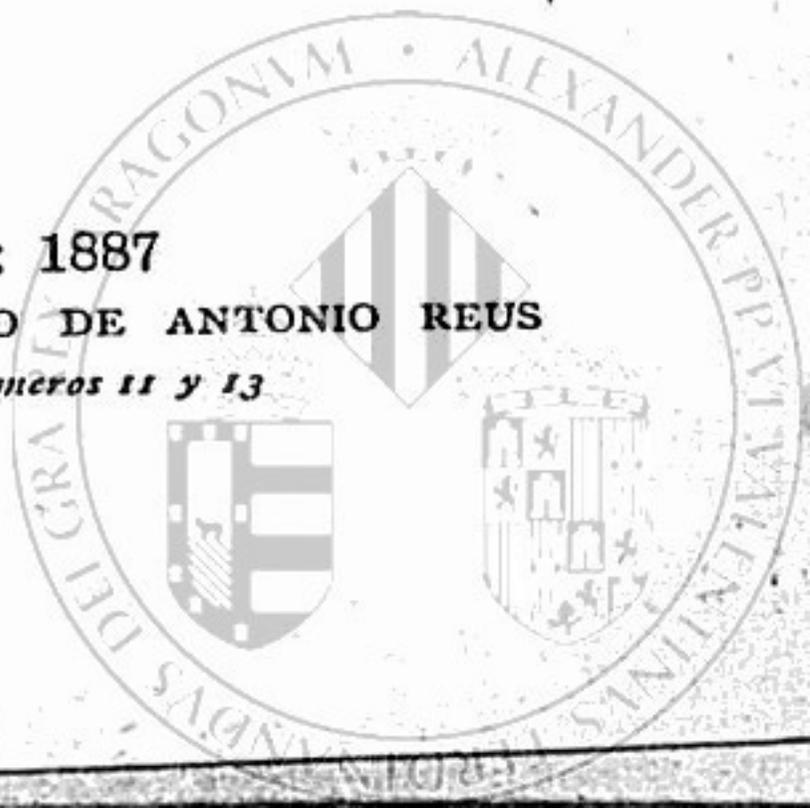
ALFONSO E. OLLERO



ALICANTE: 1887

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ANTONIO REUS

calle de Jorge Juan, números 11 y 13





Es propiedad.—Queda hecho el depósito que marca la ley.

b 16494039
i 18456790

R. 91.008



Á MI MADRE

(Doña Maria Josefa de Vargas Machuca)

Madre mía: Para mí no has muerto. Tu ser convive con mi ser, como el mío convivió con el tuyo formándose en tu propio seno. Tu sombra me acompaña en la soledad de mi vida, tal vez pendiente de darme el último adios.

Siete meses velé tu interminable agonía sin apartarme una sola noche de tu cabecera, ni privarte del mas pequeño de los cuidados.

Tenías un gran deseo, que yo juré satisfacer y lo conseguí en medio de dificultades poco menos que insuperables.

Imposibilitada de cintura abajo, no era dueño de movimiento alguno tu cuerpo lastimoso, y eran ya muy pocos los días que nos restaban á ti de vida y á mí de la fortuna de poseerte. Soñaba entonces tu enferma imaginación con las

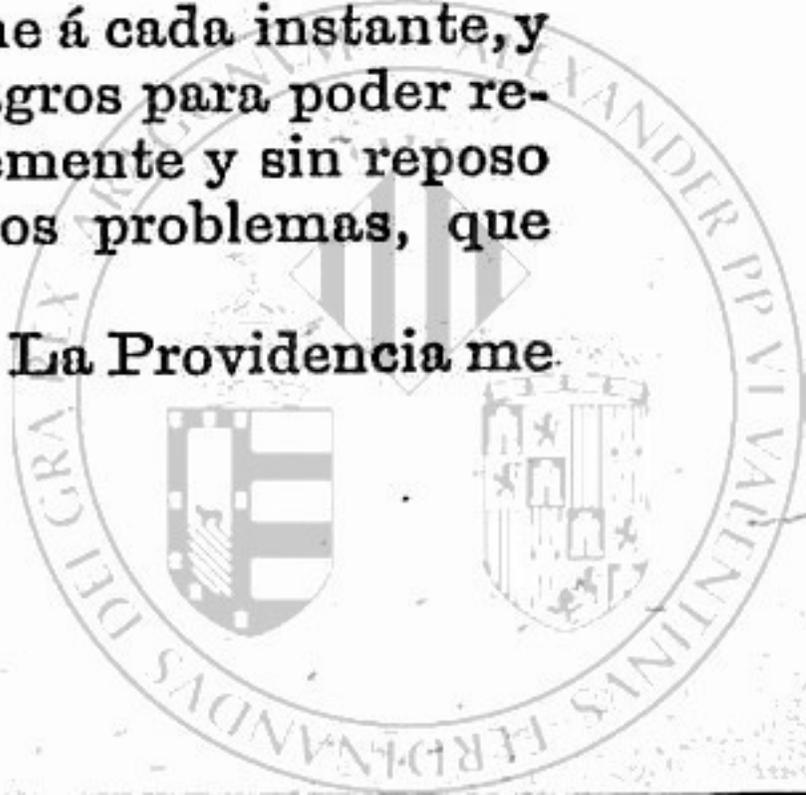
delicias del campo, anhelando pasear entre frondosas arboledas y cristalinas corrientes de agua.

Me era muy difícil y muy costoso, tanto el encontrar un sitio apropiado y conveniente para realizar tus sueños, como trasladarte á él una vez hallado en las condiciones que anhelaba.

Yo no podía en manera alguna abandonarte ni podía en manera alguna abandonar tampoco al amante compañero de tu vida, á mi triste y desgraciado padre, á quien yo siempre había amado tiernisimamente Bondadoso como un patriarca y dulce como una paloma, no pudo resistir á la pena de verte moribunda sin esperanza de salvación, y á la vez también en grave peligro de muerte á la que era su predilecta hija, el encanto de sus ojos, mi hermana más pequeña Clotilde, postrada en cama por la más grave de las fiebres. Un derrame cerebral le había vuelto loco, perturbando su lenguaje, que se hizo incomprensible, exigiendo para entenderle la adivinación ó la conjetura.

Yo necesitaba multiplicarme á cada instante, y eran precisos verdaderos milagros para poder resolver á un tiempo, constantemente y sin reposo alguno, multitud de rarísimos problemas, que parecían insolubles.

Los milagros se realizaron. La Providencia me



acudió con fuerzas sobrenaturales, y yo la bendigo porque tuvo compasión de mí. Yo confieso que en aquélla época de azares sin cuento mis hechos no fueron míos, sino obra exclusivamente providencial.

Yo encontré una quinta preciosa situada en uno de los más bellos alrededores de la pintoresca Lisboa, con magníficos caminos de bién preparado Makadam, serpeando entre fuentes y jardines abrumados de vistosísimas flores y con una casa ideal, llena de comodidades, que parecían dispuestas exprofeso para la situación de mi adorada enferma. Preparada tu cama en un coche de mano, que hice construir apropósito, yo mismo te paseaba en días, por fortuna deliciosos, orgullosa y tristemente satisfecho de ver cuánto gozabas, engañándote dulcemente algunas horas!

Tus sueños se realizaron completamente. ¡Cómo me bendecías y con qué profunda tristeza te escuchaba! Mi satisfacción toda se amargaba por la cruel idea de ver que aquéllos eran los últimos días de un condenado á muerte, y por otra parte preveía también grandes tristezas para mí.

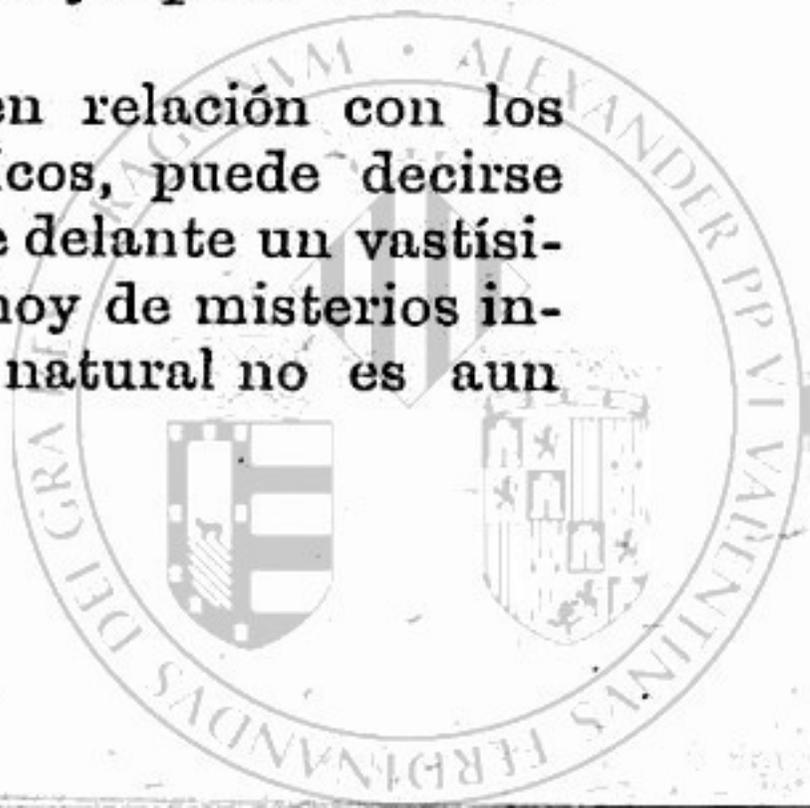
Mi pobre padre tenía un consuelo en su locura, ¡el de verte! y una tendencia natural irresistible: estar en tu cuarto, de donde era indispensable hacerle salir muy á menudo. Ay! muchas

veces á la fuerza! Para sacarte de casa fueron precisas mil precauciones y todo se hizo en bién por fortuna; pero bién pronto te echó de menos, y el desdichado se exasperó en términos, que no es posible describir ni detallar. Esto me sujetó á su lado forzosamente, separándome de tí por completo durante días enteros, y tú, agravándote atropelladamente, después de haber padecido siempre juntos tantos meses de mortales angustias, no espiraste en mis brazos y te fuistes sin darme el último adiós.

¿Yo, que no te olvido, he de decirte que al empezar este pequeño poema, me he acordado de tí, máxime cuando tú también sufriste la grande pena de desprenderte de mí en edad bién tierna? Yo te lo dedico, madre mía, seguro de que para tí reúne todos los méritos, que para los demás han de faltarle necesariamente.

Hecho sin pretensiones, en breves días y á ratos perdidos, no es mas que el apunte de un libro, que no tengo talento ni gusto ya para desarrollar.

El estudio de la materia, en relación con los fenómenos psíquicos y anímicos, puede decirse que está aun naciendo y tiene delante un vastísimo campo, sembrado hasta hoy de misterios inexplicables. El mismo sueño natural no es aun



bién conocido de la ciencia, que no ha podido hallar una solución satisfactoria al enigma de su etiología; y yo creo que, á medida que vayan adelantando los conocimientos físico químicos-naturales, se irán haciendo descubrimientos asombrosos, que nos den la razón de ser de multitud de fenómenos, que pertenecen hoy al orden sobrenatural de lo maravilloso.

No pertenezco á la moderna secta espiritista, ni he asistido jamás á una sola de sus sesiones en parte alguna; pero estoy muy lejos de negar hechos evidéntísimos del sonambulismo, que nadie me ha contado, sino que han visto mis propios ojos.

Hay, pues, un nuevo mundo impalpable é invisible, que nos rodea como el aire, y penetra en nosotros mismos; y es en esta región desconocida donde quise que se desenvolviese principalmente mi poema, no como ficción poética ó fantasmagórica, harto trillada ya en mil cuentos de brujas, trasgos, duendes, aquelarres, etc., etc., sino en lo que tiene ó puede tener de real su existencia. Tomé como base el sueño de una madre, que es á su vez por lo sólida y fundamental la personificación mas grande y perfecta que conozco de la sinceridad del sentimiento humano, y la más susceptible por consiguiente del más alto grado de excitabilidad ó tensión nerviosa.

Como bién se comprende, me he limitado pues, á mal bocetar un pensamiento, que puede llamar la atención de genios superiores, y claro está que el boceto apenas tiene de poema otra cosa que el nombre con que yo me he permitido pomposamente bautizarle.

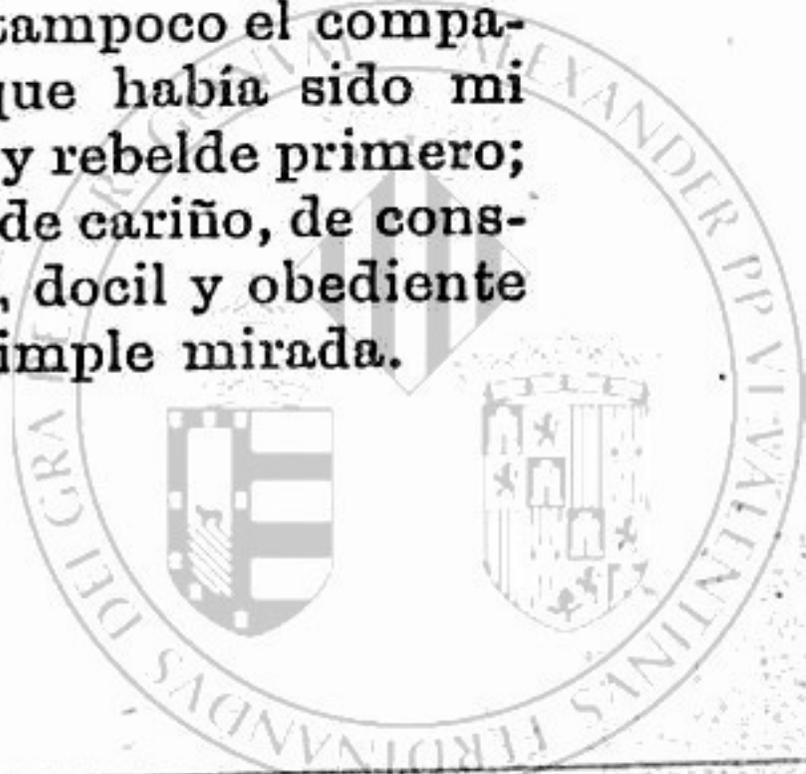
Lo publico porque además de tener un compromiso moral de hacerlo, amo á todas las madres y quiero, aunque á la ligera, ofrecerles un público tributo de cariño y de respeto.

Ya en mi libro de *Fábulas*, tan lisongeramente acogido para mí á su publicación en Madrid en 1878, que empenó hondamente mi gratitud no solo para con la prensa y el mundo literario, sino para con los gobiernos de España y Portugal, que me honraron con sus distinciones, y para con el Excmo. Ayuntamiento de Madrid, que se dignó comprarme gran número de ejemplares para repartirlos de premio en las escuelas públicas, ya en aquél mi primer libro, repito, dediqué, entre otras, la leyenda moral *La niña desconsolada* á la santa idea de encarnar en el corazón de la niñez, ese amor y devoto culto, con que debemos honrar á nuestros padres, representados también en la dulcísima figura de una madre, monumento vivo de la mayor grandeza moral, no solo de la humanidad, sino de la creación zoológica entera, puesto

que la entidad *madre* resulta en todas las especies creadas tan admirable y tan sublime por el amor, la abnegación y el sacrificio, como en la misma especie humana.

Nadie, madre mía, extrañará por esto, que yo te dedique estas líneas, que nada importan al público, pero que interesan mucho á mi corazón. Los que tengan madre han de venerar la mía en la suya propia; los que la hayan también perdido llorarán conmigo en la pena de idéntico recuerdo; los que nunca la hayan conocido suplirán con su instinto y el vacío de su propia orfandad el tesoro de amor, que no han gozado en su desventura; y si hay por aberración algún malvado que no comprenda esta religión del alma, ¡desdichado de él, que está privado de los sentimientos con que se honran y enaltecen en este sentido hasta las bestias más feroces!

Vuelvo, pues, á tí diciéndote, sin importarme de nada ni de nadie en este punto, que cuando compuse y publiqué *La niña desconsolada* en mis *Fábulas*, ya tú no existías, ni tampoco el compañero de tu vida y mi pupilo que había sido mi padre y mi hijo; furioso, altivo y rebelde primero; domeñado después, y á fuerza de cariño, de constancia y de paciencia, sencillo, docil y obediente no solo á mi voz, sino á una simple mirada.



Tampoco existía para mí la que durante algunos años había formado la más risueña ilusión de mi primera juventud.

Todas las penas aglomeradas á montón en aquél periodo horrible de la existencia, que me diste, me habian dejado ésta, la mas amarga y de trascendencia más honda para el resto de mi vida, entre las amargas secuelas, que yo entreveía claramente cuando me bendecías en tus amorosos trasportes de madre y de enferma agradecida.

Y con esto quiero decir que mi *única*, pero inmensa satisfacción, consistía entonces y consiste hoy en haber podido satisfacer tus deseos, puesto que mis doradas ilusiones las veía ennegrecerse todas una á una, y pronosticaba que habían de morir también. Murieron en efecto.

Madre mía; esta satisfacción de mi alma es tan grande, que por ella tal vez pienso que me estás saludando todos los días sin abandonarme nunca. Una providencia especial extraordinaria ha velado siempre sobre mí, y yo creo que eres tú que, aun después de muerta, me pagas con tu celestial influencia, no mis escasos beneficios, sino el cumplimiento de mis deberes.

Dios, sin duda alguna, concede á las madres que no mueran nunca para sus hijos.

Recibe, pues, tú, madre de mi alma, la dedica-

toria de estos pobres versos; tú que, cuando estabas en la tierra te volvías loca con ellos y olvidabas tus dolores físicos extasiada con oirme recitarte mis insulsas leyendas, para tí mas dulces é interesantes y de mérito mayor, que la Iliada de Homero ó las églogas de Virgilio.

Acéptenlos también en tu nombre y memoria las madres todas, y en especial aquélla que lo haya sido por sus buenas obras ó pueda serlo en el mundo para tu hijo, que elevando á Dios los ojos y con toda la contrición de su alma, termina en este momento diciéndote: ¡¡Descansa en paz!!

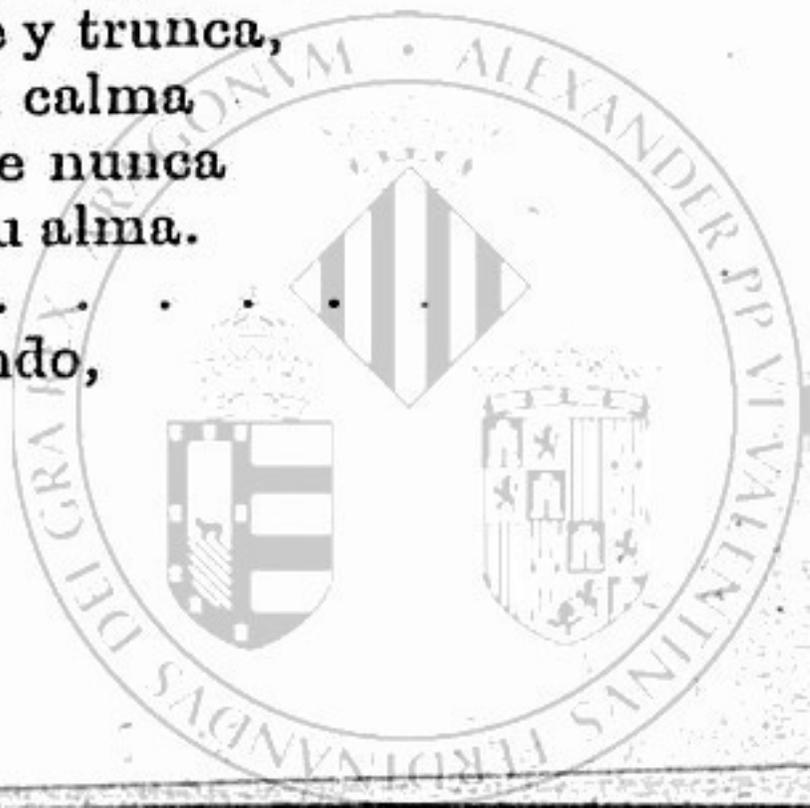
EL AUTOR.



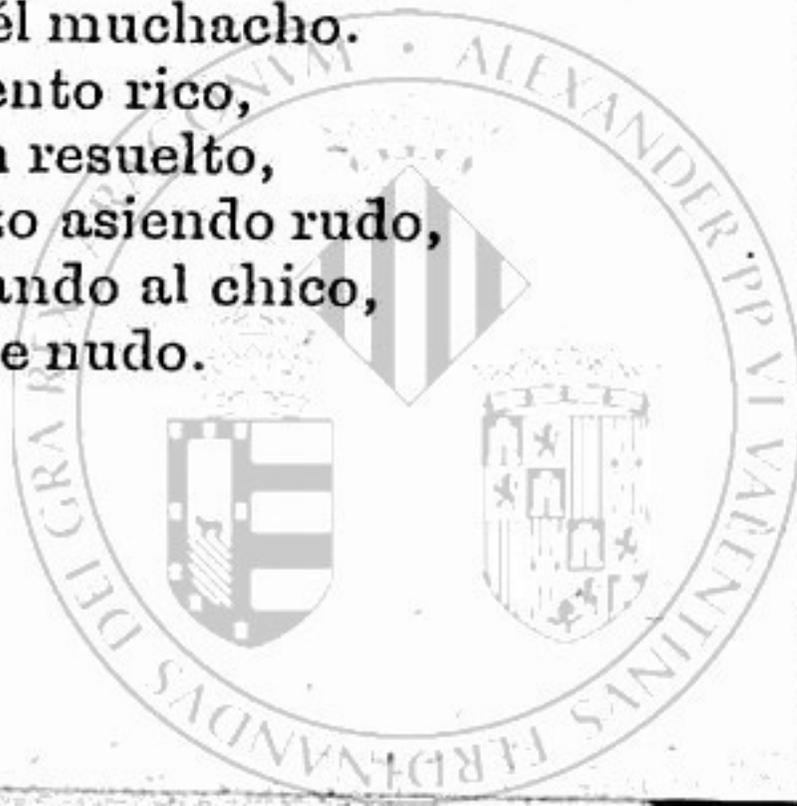


SUEÑOS

Por tiernas manos, en copioso lloro
De maternal cariño,
Cual mazorca de oro
De vientos encontrados azotada,
Su rubia cabecita un pobre niño
Veía comprimida y agitada,
Con el rostro lampiño
Mojado y rojo ya por los excesos
De lágrimas, de abrazos y de besos
Con que le baña, oprime y le sofoca
Su madre medio loca.
La infeliz es fuerza se despida
De aquél hijo adorado,
Unica gloria de su triste vida,
Que á paises lejanos para siempre
Se llevan y le quitan de su lado.
¿Como apartarse puede de buen grado!?...
Jamás! todo su sér conmueve y trunca,
Y es imposible conciliarlo en calma
Por no acertar á desprenderse nunca
De aquél pedazo mismo de su alma.
.....
Con enérgica voz y duro mando,

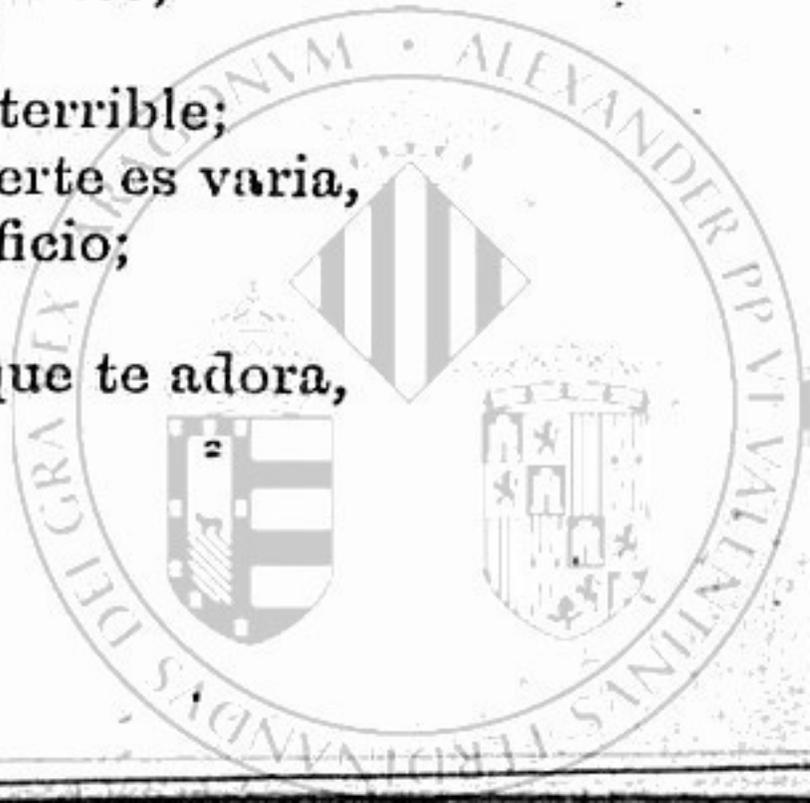


Que halló en la madre persuasivo eco,
«Basta» oyó decir ¿sabremos cuándo
Podré por fin llevarme á este muñeco
Que, juro por mi nombre,
Que lo robo á tu amor porque mañana
Le veas hecho un hombre?
Puesto que es el deber antes que todo
Ten el valor que debes, cara hermana.
Era quien se expresaba de tal modo,
De edad madura y de severo aspecto,
Grave y sereno un noble Sacerdote,
De honrado fondo, reflexivo y recto;
Lector apasionado del *Quijote*,
Y eterno soñador, como el andante
Caballero, á favor de la *justicia*,
Que hallaba por doquier de mal talante
Por la maldad cambiada y la malicia.
Iba del niño á hacer un estudiante,
Que era listo y alegre y vivaracho,
Y á darle sus lecciones provechosas
De latín y moral, y cuantas cosas
Él pudiera enseñar á aquél muchacho.
De bienes pobre y de talento rico,
Su noble fin persigue; tan resuelto,
Que, de la madre un brazo asiendo rudo,
Rompió de pronto, separando al chico,
Del lazo maternal el firme nudo.



Cediendo la nerviosa resistencia
Soltó la madre entonces su criatura
Y en síncope cayó; que la violencia
Fué del esfuerzo tan horrible y dura,
Que le hizo un grande bién aquel desmayo;
Pues tan cruel desgarradora cuita
No siempre á tal efecto se limita,
Sino que mata á veces como el rayo.

Volviendo en sí la madre desolada
Sintió en sus venas circular el frío,
Y el alma acongojada
Perderse, como sola, en el vacío.
Giró la vista en su redor buscando
La prenda de su amor, y sollozando
Solo dijo en sus ansias: ¡Hijo mio!!...
No volverán mis ojos á mirarte
Murmuró luego, con dolido acento,
Ni en sus amantes brazos á estrecharte
Tu madre volverá, cual lo presiento;
Hijo del alma, vete y solitaria
Deja á tu madre en su viudez terrible;
Corre á buscar, pues que la suerte es varia,
Tu buena dicha y propio beneficio;
Sí; vete, vete ahora,
No importa que á tu madre, que te adora,

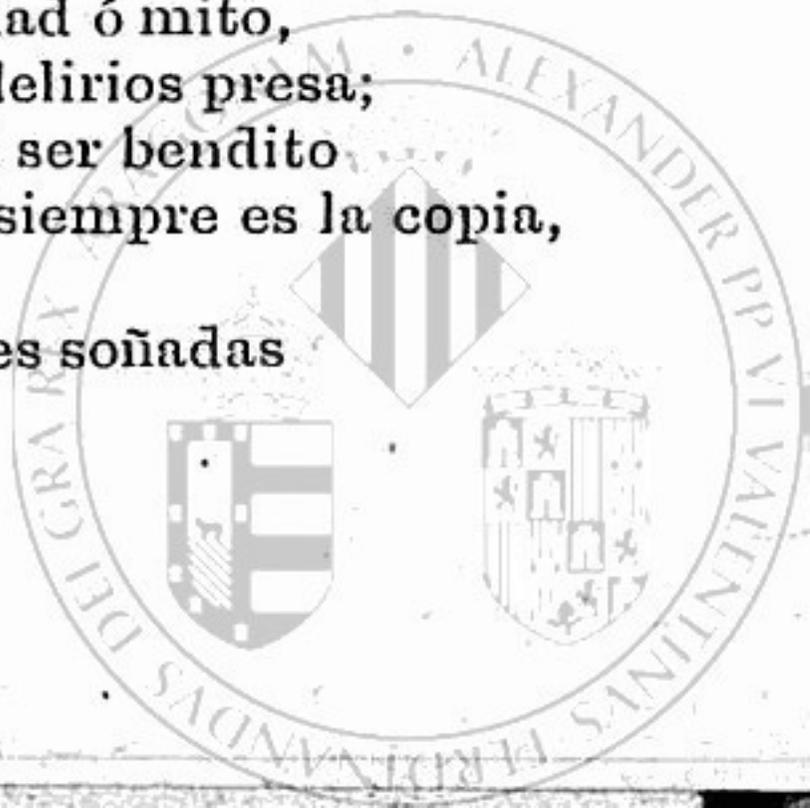


Hoy le cueste la vida el sacrificio!

.

Quedó en éxtasis dulce dormitando,
Como rendida al fin; el cielo blando
Quiso ofrecer á su dolor beleño,
Y al bálsamo clemente
Sus párpados cayeron suavemente
Con la invencible pesadez del sueño

¿Quién en la vida alguna vez no sueña
Y el alma vive cuando el cuerpo es muerto?
¿Quién no sueña despierto
Si vé una imagen tétrica ó risueña
Que el espíritu forja?
Ora es santa visión que en pleno mundo
Glorifica á un Borja,
Ó en un convento con fervor profundo
Sume en éxtasis místico á Teresa;
Ora increada, cual deidad ó mito,
De mente loca en los delirios presa;
Ora trasunto en fin del ser bendito
Que adora el corazón, siempre es la copia,
Y expresión ó grito,
La relación de imágenes soñadas

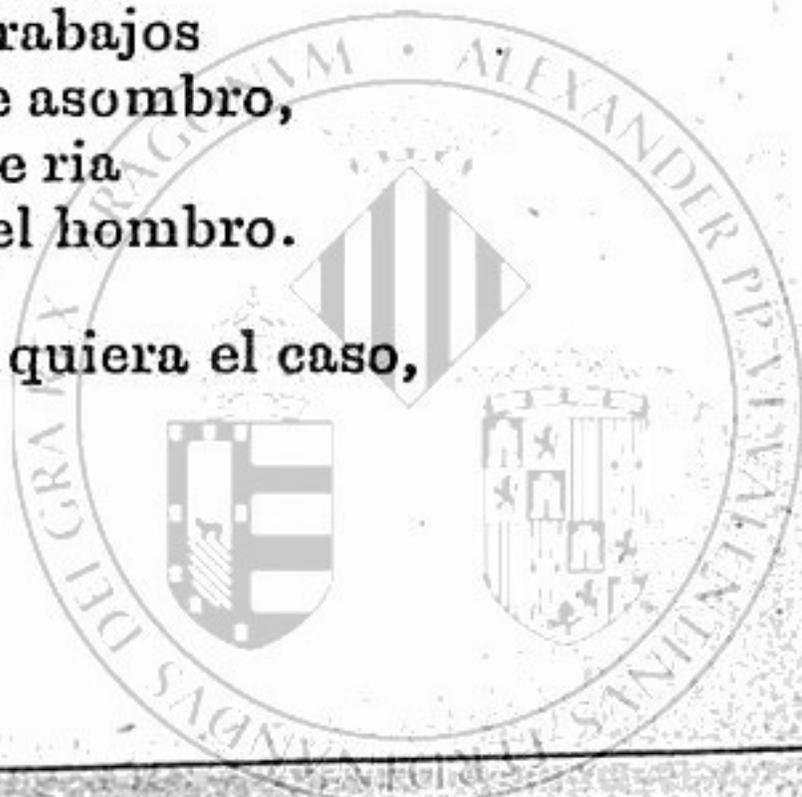


De lo que siente la existencia propia,
De la vida siguiendo las jornadas.

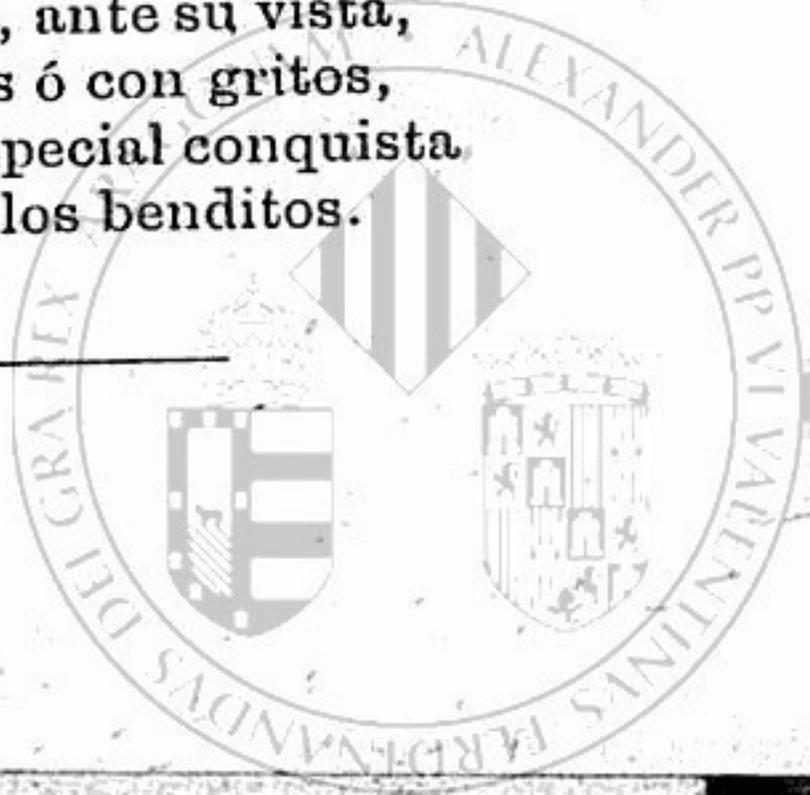
La buena madre, pues, no es nada extraño
Que soñara con su hijo,
Tan grande siendo de su pecho el daño,
Y el pensamiento fijo
Teniendo en él y corazón entero;
Y á soñar comenzó lo que refiero,
Tal y como de público se dijo,
Que es en verdad para poner en duda,
Si aquí no viene en nuestra propia ayuda
La fé tan necesaria
Para creer que ocurren ciertas cosas,
En que rige por causas misteriosas
Una ley singular extraordinaria.

De grandes penas y maternos goces
Era un sueño magnético que, á voces,
Siguió un sabio doctor especialista,
Que efectos de la magia y doble vista
Copilando en sus notas y legajos,
Por resultado nos dá de sus trabajos
Bién unas veces suspender de asombro,
Bién otras que el incrédulo se ria
Burlón y chusco y le encoja el hombro.

Que sea empero lo que que quiera el caso,



Que eso al Doctor y á los estudios de
Que tratan de explicar, y estén acaso
Con ánimo perplejo,
Que es el aura sutil que en sus vapores
La forma tuerce delicada y fina
De la que es dulce imagen de las flores
Humana debil parte femenina;
La acción del natural sonambulismo,
De la muerte aparente ó catalepsia
Y otros cien, á partir del histerismo,
Nerviosos males que, acabando en epsia,
Los conocen en *griego* los doctores,
Vengo á decir, con el suceso en planta,
Que, soñando la pobre madre aquélla,
Parecía su rostro el de una santa,
La fulgidez radiando de una estrella;
Y en lo presente fija y lo futuro,
Con acento seguro,
Durmiendo, en su dolor nos cuenta ella
Del hijo amado cuya ausencia llora
La vida que le expone en una hora,
Cual mágica linterna, ante su vista,
Con frases expresadas ó con gritos,
La que hizo súbita especial conquista
Del profético don de los benditos.

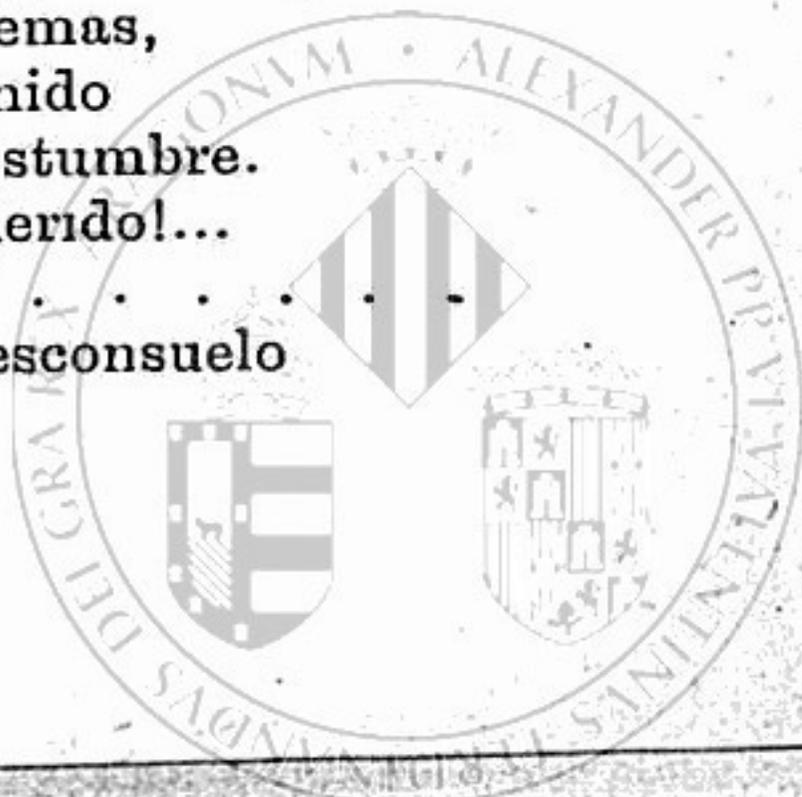


Hijo de mis entrañas...
¡Qué bién lo veo! dice sonriente;
Tímido allí la gente
Desconoce de tierras tan extrañas,
Y se entristece y llora ¡pobre niño!
Se acuerda de su madre!... en sus mejillas,
Mas blancas que el armiño,
Hay palidez, y ahora en mis rodillas
Quisiera descansar, cual tantas veces,
De su madre al arrullo cariñoso,
Lo hacía aquí mimoso
Con enredos y cuentos y chocheces...

.....
Duerme tranquilo? no; que está soñando
Que juega en el corral, y que con bromas
Le entretienen de cerca revolando
Sus amadas blanquisimas palomas

.....
Se escapan, y me llama; nada temas;
Que, si vuelan en bando
Y así ves que trasponen la alta cumbre,
Van de panizos á picar las yemas,
Y en breve satisfechas á su nido
Volverán por afecto y por costumbre.
¡Así volvieras tú, mi bién querido!...

.....
Llorando con profundo desconsuelo



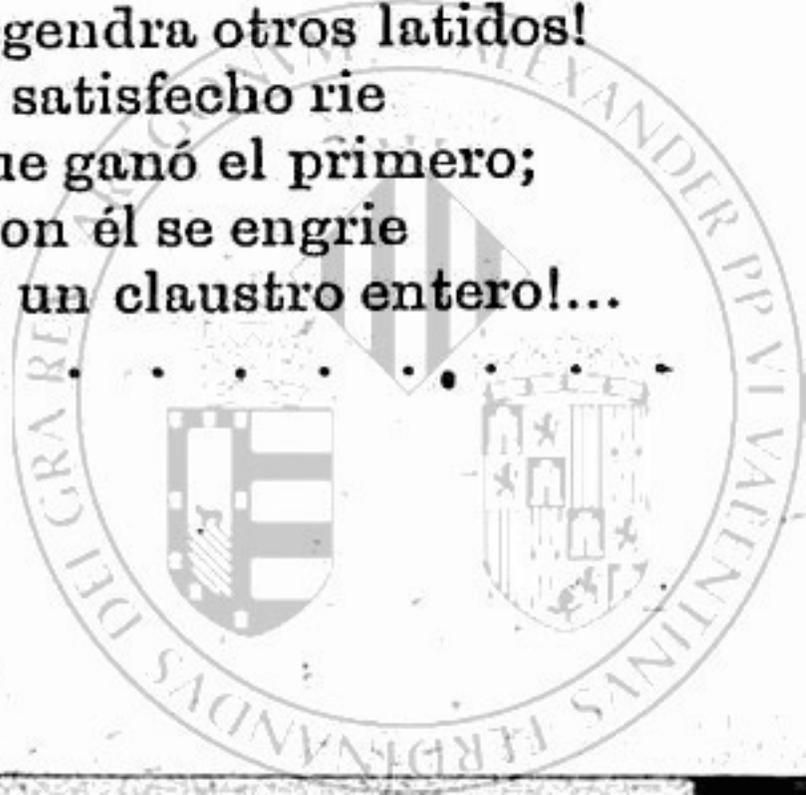
Despierta al infeliz y se acongoja,
 ¿Y no está nadie al borde de su cama!!
 ¡Cuántas penas te guarda el duro suelo,
 Pequeña y verde hoja

Desprendida sin tiempo de la rama!
 ¡Cuántas veces rodando por el lodo
 Te verás ó en abruptos peñascales,
 Cuando en sueños te mires de tal modo
 Que te creas en fronda de rosales!...

.....
 ¡Murió también su madre! y en el mundo
 Huérfana está de amor esa criatura;
 ¡Bien haya el sacrificio si fecundo
 Puede ser, pobre niño á tu ventura!
 Soy un cadáver... pero yo lo miro...
 De haberme muerto así, cuánto me alegro!
 Sí... lo veo y... lo toco... y no deliro...
 ¡Qué lindo está con su vestido negro!

.....
 Oh qué placer! iman de mis sentidos,
 Del corazón ya seco de tu madre,
 Nueva sangre que engendra otros latidos!
 Le dan un premio, y satisfecho rie
 Viendo el diploma que ganó el primero;
 Su mismo profesor con él se engrie
 De tal discípulo ante un claustro entero!...

.....



Es natural; se acuerda con tristeza
De su difunta madre, que lo adora,
Y en mí pensando, reza.

Si me viese mi madre; cuanto ahora
Gozara con mi triunfo! Si de pronto
Viniera! está diciendo—calla, tonto,
Todo lo tuyo veo.

¡Si pudiera decirte
Que penetro en tu sér, y cuanto leo
Dentro de tí! Si la traidora sirte
Que el mar encubre de la humana vida,
Seguir haciendo peligrosa ruta
Por no haber sabio que la fijé ó mida,
Ni geómetra alguno que la escuadre,
Pudiera, unida á la materia bruta.
Mostrarte siempre el alma de tu madre!...
Cierra tus ojos; duerme; y en consuelo,
Cual premio santo á tu filial cariño,
Ten el abrazo ahora, pobre niño,
Que tu madre te envía desde el cielo!

Y el escolar dormido en un ribazo
Se quedó de su madre al pensamiento
Jurando al despertar que un fuerte abrazo
(De esto el Doctor nos habla en su memoria)
Le dió su propia madre, y al momento
Le dijo adios y se volvió á la gloria.

Siguiendo así la madre sus visiones
La dejaré en su lecho, viva ó muerta,
Que al cabo en sus hondas aficciones
Mejor está dormida que despierta.
Solo diré, por no escribir en vano,
Que ya no tenía madre su sobrino
Cuando el clérigo aquél su buén hermano
Llegó con el muchacho á su destino.
Murió, le decían, de un ataque
Que una hora duró tan solamente;
Y ora al lector, dejándole que saque
Lo que en sí propio juzgue consiguiente,
Contaré cuanto el médico me dijo
Que la madre soñara; mas tan fijo,
Que con grande interés por este caso
Jura que fué de todo paso á paso
Dándole fiel comprobación el hijo.

Creció el niño y á ser un mozalvete,
Simpático en extremo y nada feo,
Con los años llegó, y ya el bonete
De estudiante lucía y el manteo.
No estaba empero alegre, ni podía

Descubrir sus internas cualidades;
Aprendiendo á soñar en demasía,
Su exaltada y ardiente fantasía
Se embotaba en prosáicas realidades.
En la casa de campo, de ordinario,
Y en rica sierra que el contorno abarca,
Viviera con un conde, propietario
Y el señor principal de la comarca.
De su infancia preciosa compañera
Fué en el campo una niña,
Que esmaltaba por bella la pradera,
Con su gracia animando la campiña.
Hija feliz del poderoso conde
De que era capellan y mayordomo
Del pobre chico el protector y tío,
Facil es comprender, y no se esconde
Que aquel muchacho no encontrara el cómo
Dejar en su interior de estar sombrío.
Claro está que la amaba el desdichado
Y había de mirarla con respeto,
Torciendo el corazón sacrificado
Y enterrando en el alma su secreto.

La niña por su parte cuyos ojos,
Que eran grandes y azules,
Le miraban con plácidos antojos,
También raros sentía mil enojos

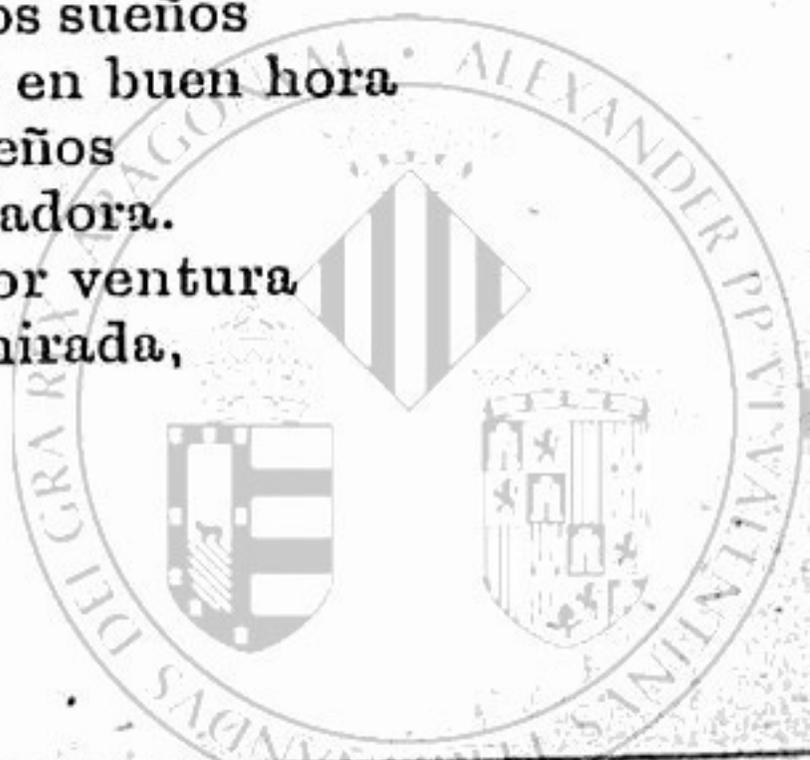


Y tronchaba de tilos y abedules
Las ramas, que encontraba en sus paseos,
Demostrando á lo vivo,
Fuera aparte del rostro pensativo,
Que estaban contrariados sus deseos.

Era en verdad gracioso el estudiante
Y apuesto, seductor y persuasivo;
Y harto era insinuante
La mirada que, en ella siempre fija,
Decía al fuego del sentir más hondo
Que en su alma pura, en ilusión prolija,
Su inmenso amor llenaba todo el fondo.
Ya no era aquél imberbe rapazuelo
Que el nidal le buscaba entre las breñas,
De franco rostro y de rizado pelo,
Saltando por los charcos y las peñas.
Era un gentil clavel, harto galano,
Que roto había el caliz de su estancia
Con sus rizados y su aroma ufano.
Poco á poco le fué sombreando el bozo,
Y al niño, compañero de su infancia,
Trocara el tiempo en un gallardo mozo.
Cual ella misma en joven deliciosa,
Henchida de hermosura y de fragancia
Se había convertido, desplegando
Sus pétalos finísimos de rosa,

Sin darse cuenta ni saber el cuándo.
También así entre asombrada y leda
Del capullo matriz de fina seda,
Que varias veces contempló curiosa,
Visto había nacer aleteando
Blanca y pura la breve mariposa.

Alta y flexible cual la caña leve
Que el arroyo guarnece cristalino,
Rubio marco de rizos dá en relieve
Menudo, blanco rostro peregrino.
Sus claros ojos, al mirar al cielo
Con espresión tranquila,
Rasgan hermosos su infinito velo
Concentrando el espacio en su pupila,
Y hablan de Dios al alma, en que la idea
Suscitan de adorar al que la crea.
Si entreabiertos están, y, pensativos,
Se inclinan vagos con sonrisa grata,
De dulce tema oyendo los motivos
De orquestas de la dicha en serenata,
Convidan á soñar sus propios sueños
Y al espíritu embargan, que en buen hora
Recorre los espacios halagueños
Al soplo de su magia encantadora.
Mas si miran de frente, y por ventura
Refleja el pensamiento la mirada,



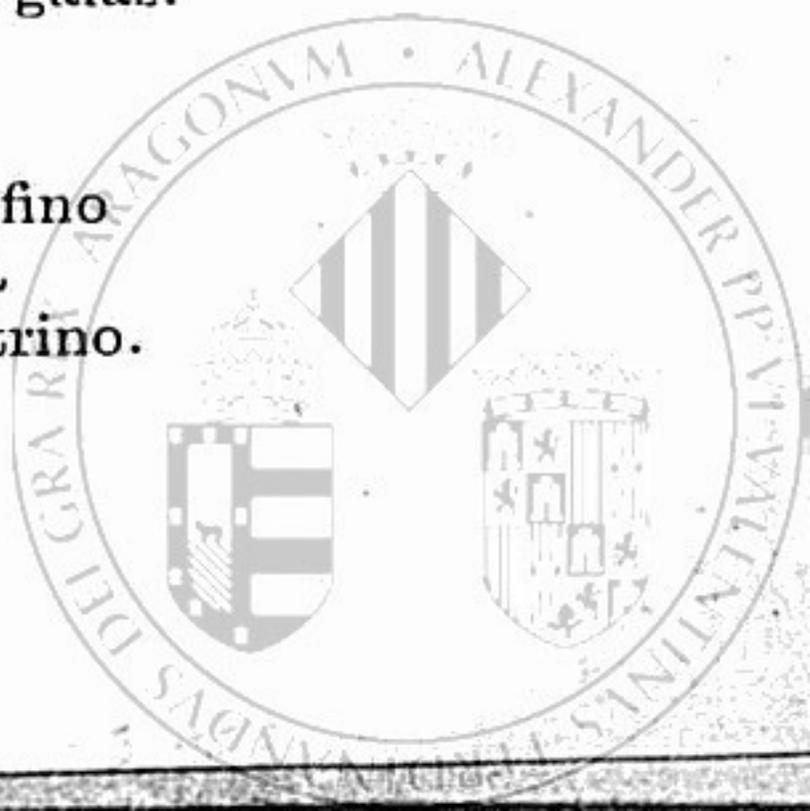
Y ésta un fondo revela de ternura,
Como al sol lo denuncia su alborada,
Son entonces sus ojos dos cristales
De purísimas aguas y reflejos,
Que dan cuerpo á los mitos ideales,
De todo un Dios y de su gloria espejos.
Los párpados, jugando con las sombras,
Cual con luces sus labios y mejillas,
Si caen hácia abajo, y en alfombras,
Ó en el musgo y campestres florecillas,
Ven hundirse el dorado tafilete
Del zapatito diminuto y suelto
Que calza el nimio pié, que compromete
La bién torneada pierna y talle esbelto,
Forzoso al que la mira es al instante
De bienes tantos retirar los ojos,
Que en vértigo se anublan fascinante;
Y al fijarlos después entre los rojos
Frescos dinteles de hechicera boca,
Que arcos de grana y de marfil ostenta,
Cuando franca la expone risa loca,
La tentación del beso que provoca,
Llamando las pasiones á tormenta,
Cede no más al respirar sereno
De la pureza misma con que alienta
Cándido y virginal su casto seno.

Con blanco delantal, que al pecho cruza,
Suele en vestido azul prestar su hechizo
Por dentro del hogar, que desmenuza
Y aprecia más la joya, que Dios hizo.
Pues virtud, discreciones y ternezas
Se admiran más de cerca en sus detalles,
Y más lucen en casa las bellezas,
Cual más lucen las flores en sus valles.

Deja el rubio cabello por el campo
Colgando en largas trenzas por la espalda;
Y aquí otra vez de su afición estampo,
Que es siempre blanca, si no azul, su falda.

Ave del cielo que en la tierra anida,
Combina de su patria los colores;
Ó es humana camelia convertida,
Que los pétalos toma seductores
En cambio de sus alas,
Y al gusto esquisito de las flores
Ajusta siempre sus discretas galas.

Ora el corpiño rosa,
De tenues gasas y de encaje fino
Velada la que brilla vaporosa
Nitida piel del cuello alabastrino.



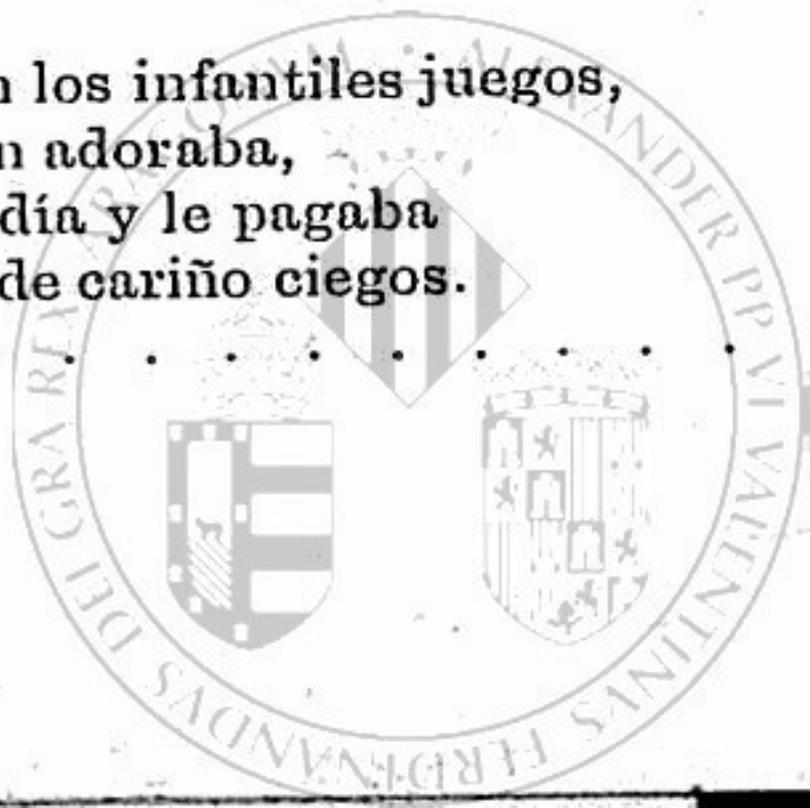
Ora zéfiro leve que el semblante
Diáfano muestra á su través divino;
Ora las ricas plumas que al cambiante
Reflejan de la luz los esplendores,
Es siempre un Hada cuya etérea cuna
Mecieron en región de los amores
Los poéticos rayos de la luna.

Es el ave y la flor de las que franca
Desprende el alma de dulzura llena,
Trinos y arrullos, limpidéz y aroma,
Y si entre flores es camelia blanca,
Sencilla y natural, donosa y buena,
Es ella entre las aves la paloma.

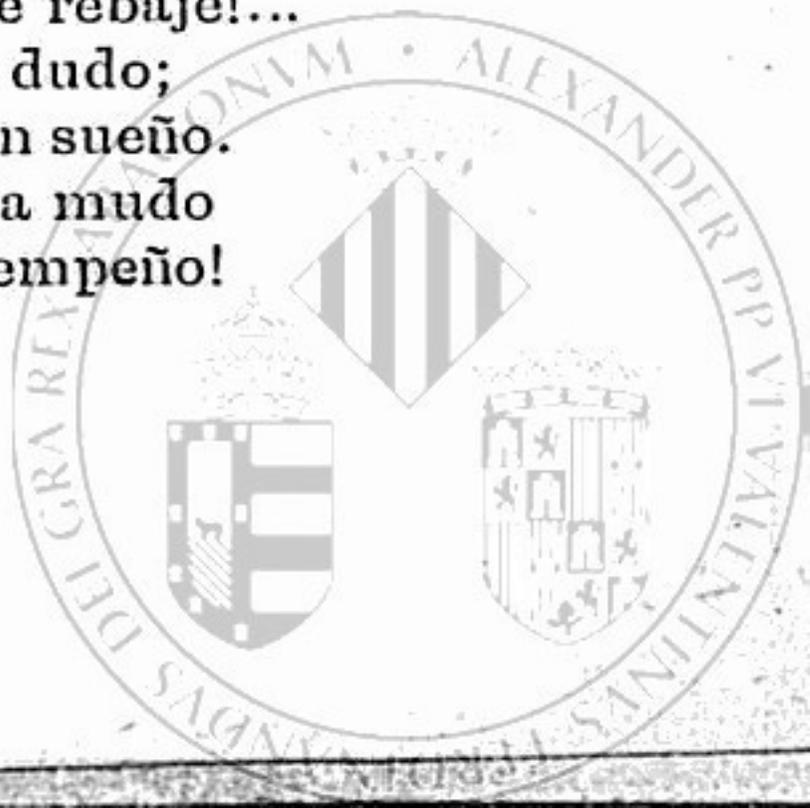
Dechado de belleza y dones tantos
¿Podía no querer á esta criatura
Quien era tan sensible y todo el día
Se empapaba en la miel de sus encantos?
Cosa en verdad del tiempo era segura
Convertirse en amor la simpatía.

Dando, pues, fin los infantiles juegos,
El joven á la joven adoraba,
Y ella lo comprendía y le pagaba
Y estaban ambos de cariño ciegos.

.



Pero al mozo además con mil flechazos
Persigue de miradas que le lanza,
Con quejas y reproches y con lazos,
Manuela, la doncella de confianza.
Huérfana, hija de antiguos servidores,
Nacida casi en la familia aquélla,
Para su ama en juegos y labores
Era mas bién amiga que doncella.
De edad igual y juguetona y lista,
De su hermana también bajo el aspecto,
Nunca perdía al escolar de vista,
Que le tenía el natural afecto.
¡Qué lástima, decía muchas veces,
Que estudies para cura! y aquél chico,
Que asaz bebía tan amargas heces,
Pensaba en su interior: ¡si fuera rico!...
¡Si al menos yo la natural tendencia
Gozar pudiese del feroz salvaje,
Sin la traba social de *conveniencia*
Que mi pasión convierte en un ultraje,
Si es fuerza para amar que la *excelencia*
Descienda de su alcurnia y se rebaje!...
Me ama, si, meditaba, no lo dudo;
Mas fuera loco acariciando un sueño.
¡Que el labio mio se contraiga mudo
Y olvide el corazón su fátuo empeño!



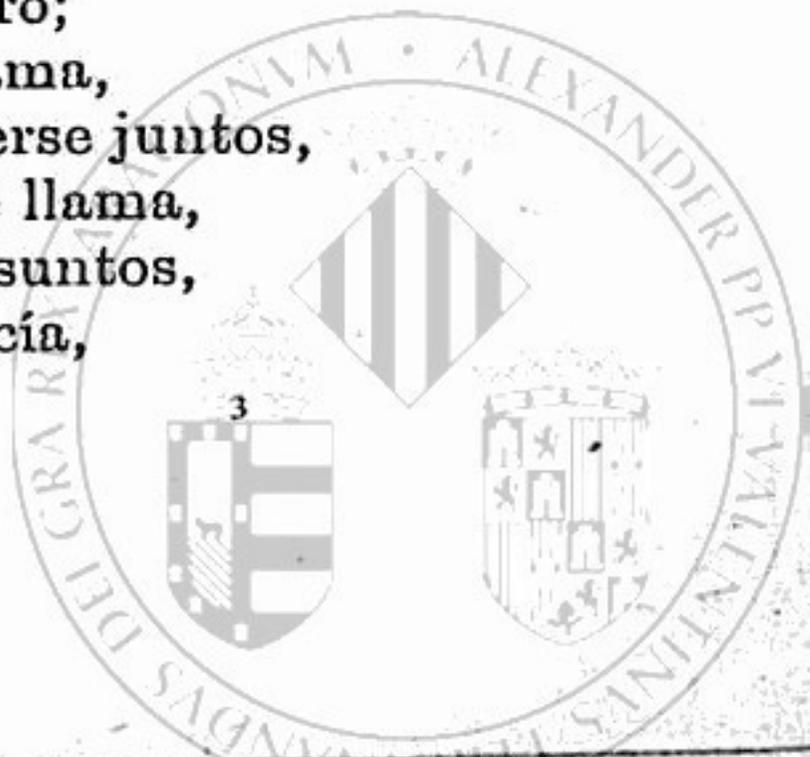
Solía la doncella, harto enojada,
Decirle con burlesca sonrisita;
Tonto eres y no logras nunca nada,
Que no está para tí la señorita;
Ella quiere otro igual á su fortuna.
Y entonces él al recibir el tiro
Y el movil comprender que lo importuna,
Cortando en la garganta algún suspiro,
«Ni ella, le contestaba, ni ninguna.»

Y una vez, escuchando esta respuesta,
Su dulce amada le salió al encuentro
Riendo cariñosa y predispuesta
A hacer una excursión por alma adentro.
Eres ingrato, dijo conmovida,
Fijando en él ardiente y luminosa
Mirada llena de ilusión y vida.
¿Cómo tú dices semejante cosa?
Cuando es amado un hombre
Cual sé que tú lo eres,
Forzoso al escucharte es que me asombre
De ese desden á todas las mujeres.
Los ojos respondieron del muchacho
Y en ellos toda el alma, que asomaba.
De la doncella el enojoso empacho
Cortó el diálogo aquél, que comenzaba,
Diciendo que era todo un simple juego.

La rubia joven, acaso se dijese,
Lo serán tus palabras, no lo niego;
Pero cruzan miradas tan sinceras
Nuestros ojos, que, juro aunque te pese,
Que estos cruces han sido muy de veras.

Y el camino siguió la dulce niña,
Que por verle tal vez cambió de zona,
De niveos dientes la apretada piña
Dejando ver su boca juguetona;
Y ondulando el cabello, que profuso
Por los hombros caía en vivas luces,
Se fué mirando al mozo, que confuso
Quedó con las miradas y sus *cruces*.

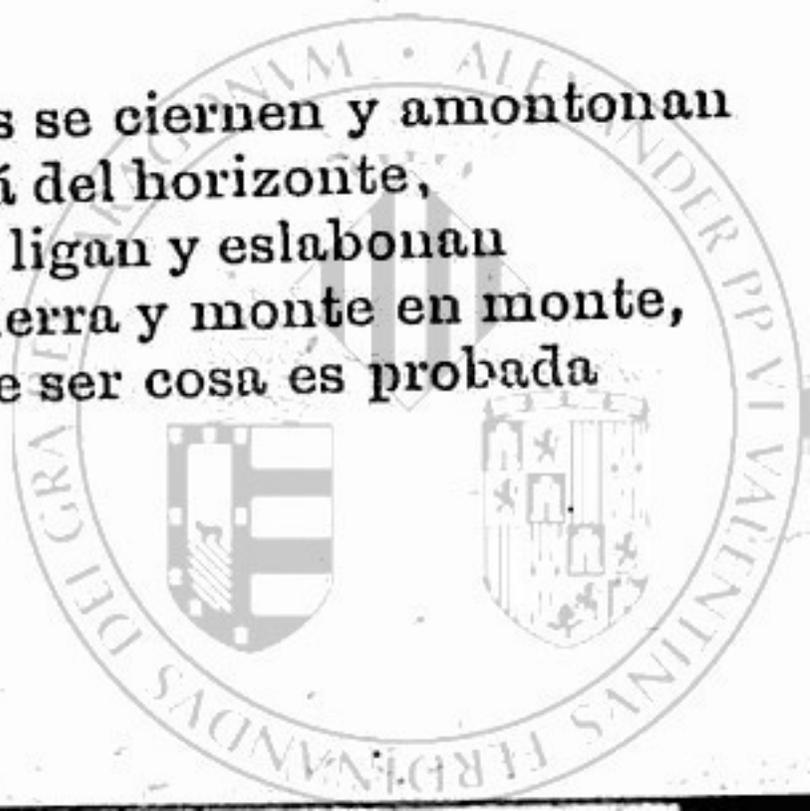
¿También ella no estaba enamorada?
Furtiva ó franca, grave ó sin enojos,
Húmeda, tierna y celestial mirada
Para él tenían siempre aquéllos ojos;
Ora de intensa luz el globo henchido
Radiante, como el disco de un lucero,
Ora de miel, cual siempre en su lamido
Mira la res vacuna á su ternero;
Las frases de cariño del que ama,
La inclinación constante á verse juntos,
Y ese calor latente, en suave llama,
Vitales siempre del amor trasuntos,
Todo unísono entonces le decía,



Y al propio instinto revelaba á coro,
Que aquella noble jóven le quería,
Dándole su corazón en dulce suma
De pruebas y de afectos un tesoro,
Que el amor ampliamente cede ó deja,
Como el jabon dá al agua blanca espuma,
Como al abrir su cáscara bermeja
Dulce naranja su licor rezuma.

De amor así variadas emociones
Le herían altas con sublime tono
Y en su risueña hamaca de ilusiones
Se dejaba mecer en abandono.
Que así las cosas pasan en el mundo
Y así se deja adormecer el alma,
Cuando sumida en un dulzor profundo
Su bien disfruta en inconsciente calma.

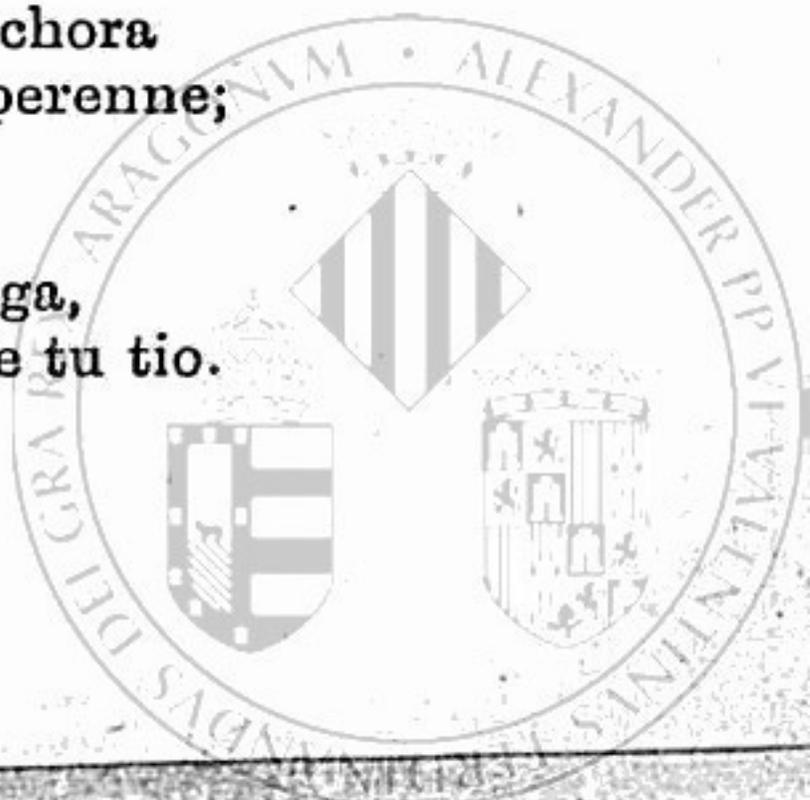
Grandes nubes se ciernen y amontonan
En la bóveda allá del horizonte,
Que se corren y ligan y eslabonan
De sierra para sierra y monte en monte,
Lo que no puede ser cosa es probada



Que ser no puede; y esto así diciendo
Por mas que sea al fin *Perogrullada*,
Con voz llamó al sobrino fatigada
Su anciano tío, y dijo el reverendo:

«Yo me siento morir, y es necesario
Que, con beca de gracia concedida,
Concluyas en un santo seminario
La carrera que tienes emprendida,
Hacerte un hombre prometí sincero,
Y á tu madre infeliz le debo cuenta;
Hoy que acaba mi vida,
Porque el instinto me dice que me muero,
Dejarte abandonado me atormenta;
Busca tu suerte, pues; vete y mañana
Cuando celebres tú primera misa,
Dame devoto una oración cristiana
Que alcance de tu madre la sonrisa.

Fuerza es también decirte en esta hora,
Que juzgo tan solemne,
Del Conde á la familia bienhechora
Cuanto ha de ser tu gratitud perenne;
Y pues nobleza obliga,
Yo no puedo, hijo mio,
Ni callar debe mi palabra amiga,
Cuanto es grande otra pena de tu tío.



Conocedor del mundo
Y á tu vida y costumbres siempre alerta,
Con recelo profundo,
Muchas veces paseando por la huerta
Pude observar que loco y atrevido
Constante perseguías un objeto,
Sagrado para tí, y al que es debido
Que mires siempre tú con gran respeto.
Tiempo es ya por lo tanto de expresarte
Que variar tu conducta es necesario;
Ni tú al aguila puedes elevarte
Que á tan altas regiones ves que sube,
Ni el águila en su vuelo de ordinario
Bajar tampoco de la excelsa nube.
Antes, pues, en locura que comienza,
De que el buén conde, al sorprender la audacia,
Te castigue y sonroje de vergüenza,
De rigor es que el raciocinio venza
Sabiendo precaver esa desgracia.
Quiero morir tranquilo en este punto,
Y has de prometerme ser juicioso;
Tan delicado y grave es el asunto,
Que siento no haber sido mas celoso.
Basta, pués; bién comprendo ese cariño,
Mas lo veda de entrambos el buén nombre:
Si puede obrar el niño como un niño,
Tiene que obrar el hombre como un hombre.»

El Escolar quedó petrificado;
De golpe y para siempre en un momento
Del castillo en los aires fabricado
Veía derrumbarse hasta el cimiento.
¡Adios, las compañeras de su vida,
Adios el campo en que corrió sin traba,
Adios *Ella* en eterna despedida,
Adios por fin á todo cuanto amaba!
¡Ah, madre mia! dijo, y su cabeza
Dobló al pesar desconsolado y mudo,
Que en mucho tiempo, imbecil de tristeza,
Palabra alguna articular no pudo.
Era el primer adios inesperado,
Que de otros era precursor funesto,
Que así pensaba el triste en su cuidado
Preveyendo el tener que darlos presto;
Primer adios es este, (fué su frase)
De la série de *adioses* que me espera!
Otro adios le daré cuando se case
Y otro adios le daré cuando me muera.

El ánimo buscar que no tenía
Ó algún consuelo en aflicción tan dura,
Quiso en ella, la sola que podía
Remediar su agonía
Con un rasgo cualquiera de ternura.



En lo alto de un muro, que cubierto
De madreselva estaba y de rosales,
De rosa de pasión capullo abierto
Resguardado lucía entre zarzales.
«Muy linda es en verdad», le había dicho;
Y él esta frase entonces recordando,
Trepó resuelto al paredón, logrando
Coger aquella flor de su capricho;
Y á verla fué y á noticiar su ida,
Dándole aquella rosa pasionaria
Donde puso una gota de su sangre
Por los espinos, al trepar, vertida,
Su faz empero le mostró contraria
Su destino también por este lado
Congelando la sangre de sus venas;
Que las penas se juntan con mas penas
Cuando así lo dispone adverso el Hado.

La jóven, que en sus dulces coqueteos,
Séria entonces se hallaba y caprichosa,
Ni atendió su dolor ni sus deseos,
Dando á Manuela con desdén la rosa.
El frio de un puñal dentro del alma
Sintió el doncel de asfixia en el sofoco,
Y ella, gozándose y batiendo palma,
De él se reía viendo victoriosa
Que se alejaba de pena medio loco.

«Rábia, rábia, decía muy gozosa
Por la venganza que tomarse quiso;
«Porque nos dejes y á cazar te vayas
Cuando no es ocasión, ni te es preciso...
¡Cosas que al fin son propias de las sayas!

El noble sacerdote fué á la gloria
Y al Seminario el huérfano sobrino,
Donde, en lucha fatal con el destino
Y en combate mayor con su memoria,
Vivió algún tiempo, destrozada el alma,
Del martirio pensando de los santos
Algún día también la excelsa palma
Conseguir con sus penas y quebrantos.

Guarda de ella un hermoso pensamiento,
Cortado por su mano en la maceta,
Qué entregado le fuera en un momento
De feliz expansión y de ternura;
Como reliquia santa lo respeta,
Y es su único placer y su ventura
Besarlo cada día,
Y ante una flor, que le recuerda tanto,
Dejar en locos sueños que al encanto
Se pierda del amor su fantasía.

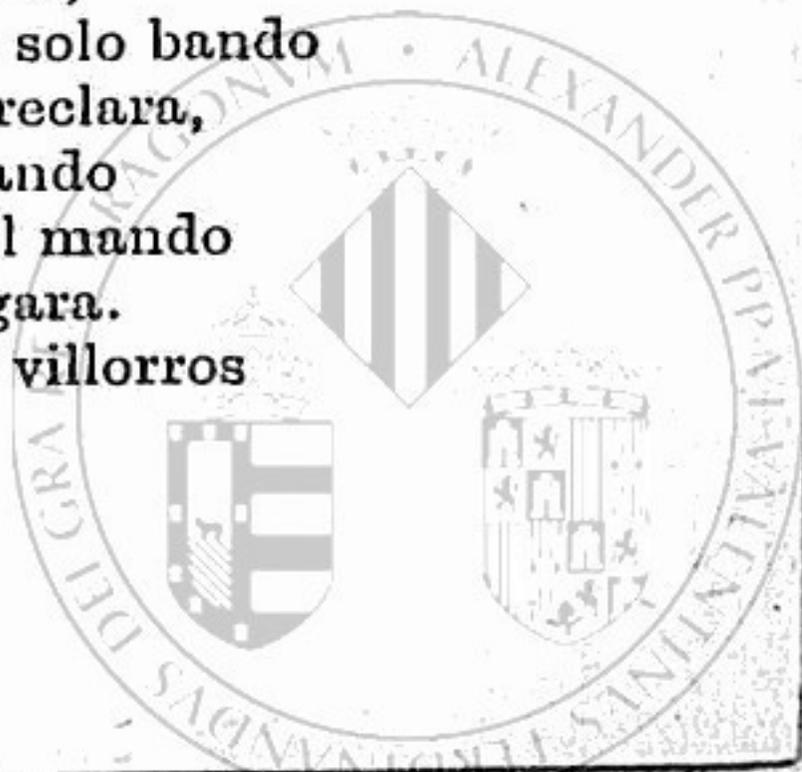


El clarín de la pátria á sus oídos
A la sazón llegó tocando á guerra,
Que su escudo befaron los aullidos
De la moruna raza.
Fuerte en los riscos de la agreste sierra,
Y entonces voluntario sentó plaza,
Marchando al punto á la africana tierra;
Fuerza es decir qué el móvil fué secreto,
Mucho más que su ardiente patriotismo,
Seguir mejor su acariciado objeto,
Que para cura, y dado su idealismo,
Le faltaba del modo más completo
La abnegación completa de sí mismo.—

Caracter español, aventurero;
Cosa muy natural de las Españas
Juzgando en lo guerrero
De Hernán-Cortés las épicas hazañas;
Al calor de combates y revueltas
En época nacido tempestuosa,
Donde las fúrias sueltas
De sangre no se hastiaban generosa;
Dentro del corazón del pátrio instinto
Bélico obraba el natural impulso,
Que, trapo al viento y con espada al cinto,
Lo que es horrible y bárbaro y convulso
De risueños colores vuelve tinto.

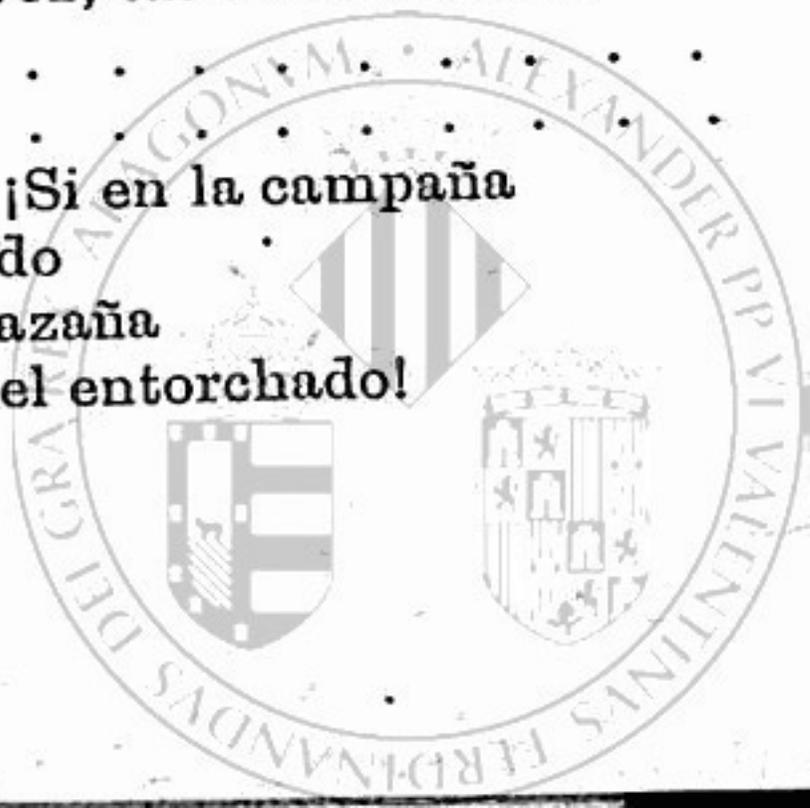
En su niñez la fama cada día
Frecuentaba el pregón en ecos miles
De tal ó cual heróica valentía;
Y él haciendo de cañas los fusiles,
Y el de papel sombrero de tres picos,
Con émula ufanía
Jugaba á los soldados con los chicos;
Que ya mayores, provistos de sus hondas,
En bandos por los cerros y cañadas,
En su afán de imitar á Epaminondas
Se herian muy de veras á pedradas. —

De sus proezas cada cual oriundo,
Por entonces brillando como soles,
Llenado habían de su nombre el mundo
Dos célebres caudillos españoles.
Los dos en bando adverso frente á frente,
Las auras conquistando populares,
Idolo eran de su entusiasta gente
Y objeto de sus hurras y cantares.
La contienda civil se terminara;
Las armas convirgiendo á un solo bando
Su estirpe el vencedor hizo preclara,
Y el héroe legendario y venerando
De su propia nación regenta el mando
Y es el príncipe luego de Vergara.
¡Cuántas veces de niño en los villorros



Visto había vender el romancero
Cantando por las calles, en los corros
El retrato y la vida de Espartero!
Del conde de Morella vé en romances
Y en estampas doquiera la figura,
Que en estos brilla ó en los otros lances
De una guerra, que fué tan larga y dura.
¡Y cuanto aun citar al veterano
Duque de la Victoria
Por todas gentes con respeto oía,
Y en su retiro el general anciano
Monumento de gloria
Vivo era de la pátria todavía!
El héroe, pues, que despertó en la infancia
Su admiración, y al que elevaba un templo
Llevando á su entusiasmo la arrogancia,
Le incitaba á delirios con su ejemplo.
Y el jóven militar su bayoneta,
Mirando al moro, acariciaba ardiente,
La fuerte mano inquieta
Bien pensando tal vez, tal vez demente.

Si fuera general! ¡Si en la campaña
Con uno y otro grado
Y hazaña tras de hazaña
Pudiera conseguir el entorchado!

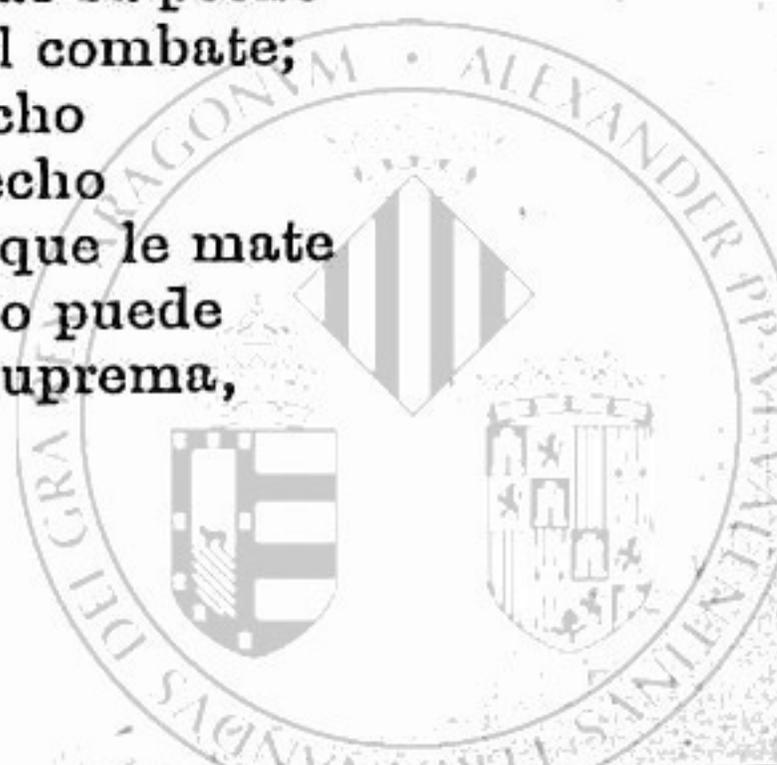


.....
¡Qué dulce premio fuera en sus heridas
De su lecho á la blanda cabecera
Tenerla á ella, y caldos y bebidas
Tomar de tan piadosa compañera!...

Y aquí la mente del soldado entonces
Se entregaba al mas dulce desvarío
Y á las bocas miraba de los bronces
Citando su poder á desafío.

¡Cuánto soñar despierto!
¡Cuán iluso en el campo de batalla
Buscando sin concierto
La muerte de gumia ó de metralla!

Citado muchas veces vé su nombre
Y es premiado con cruces distintivas,
Que, si honores le dán, no le hacen hombre
Calmando de una vez sus ansias vivas.
Y aun sueña sin embargo; y de su pecho
La sangre brota en el mortal combate;
Y un día al fin recibe satisfecho
Del hospital en el modesto lecho
Este premio, que es posible que le mate
De alegría y de un golpe, sino puede
La emoción repentina, tan suprema,



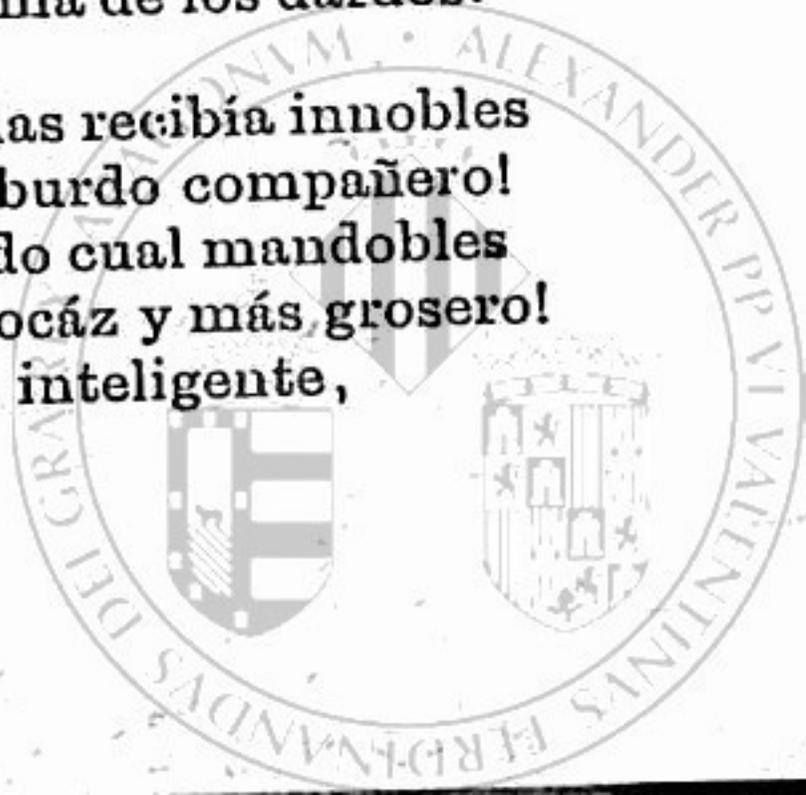
Gradualmente recibir adrede,
Como á sorbos el caldo cuando quema.
Es una carta; reconoce el sobre
Y al corazón, que el pecho le levanta,
De consuelo moral tan seco y pobre,
Le lleva vida tanta,
Que salta con la dicha que lo encanta.

.

«Mi buén amigo: Mi mayor anhelo
Saber es hoy de tu presente estado;
Por ti le pido cada día al cielo
Porque estoy por tu vida con cuidado.»

Concluyó la lectura de esta carta;
La besó cual si fuese una reliquia,
Que de verla y de verla no se harta,
Y en dos raudales súbitos que brotan
De lágrimas de amor sus ojos pardos,
Bálsamos suaves encontró que embotan
Las puntas en el alma de los dardos.

¡Cuántas punzadas recibía innobles
De este y del otro burdo compañero!
Las palabras usando cual mandobles
De estilo el más procáz y más grosero!
De fina educación, inteligente,



Superior á la basta soldadesca,
Común era el ataque impertinente
De la envidia ó la burla más grotesca
Siempre en *leyes del trato* naturales
Para ciertos contagios son inmunes
Los primeros pañales!
Ni descender podía á sus comunes.
Pensamientos, acciones y modales,
Ni mucho menos ellos comprenderle
Sus penas aliviando y su trabajo.
La elevación de espíritu es tan alta
Que jamás á los necios ofrecerle
Podrá que lleguen, ni aun al pié mas bajo
Del mundo superior á que se exalta.
Fué, pues aquella carta bendecida
Como oasis enmedio del desierto
Que vino á darle vida
Y al júbilo del alma abrirle puerto.

Dichoso entonces á escribir se apresta;
Y en vivas ansias y temblando el pulso
Trazó estas breves líneas en respuesta,
Serena el alma y de emoción convulso.

«Por mi desdicha vivo,
No obstante de que busco honrosa muerte
De frente siempre al musulman altivo;



Y es tan mala mi suerte,
Pareciendo al contrario ser tan buena,
Que, cuando muere tanto camarada,
Fué tan leve mi herida, que la pena
No vale de citarse para nada.
Mas dichoso, mil veces
Si ella fué por ventura la bendita
Causa inmediata de sus diarias preces
Y de esta carta por su mano escrita.
Al ver como su broche
Las flores abren con gentil belleza,
Después de larga noche
Pasada en el insomnio y la tristeza,
No alegra más la aurora
Con sus rompientes luces y conciertos
De pajarillos mil, que la canora
Fina garganta lucen ya despiertos,
Que alegraron el ser desfallecido
Las cortas letras que el papel contiene,
Del que juzgó vivir en el olvido
Del solo bién que en la existencia tiene.
Siempre en mi corazón, en justo alarde,
Conservo aquél hermoso pensamiento
Que de su mano recibí una tarde,
Víspera de mi actual alejamiento.
Él es reliquia santa que el milagro
Hace continuo de escudarme ahora.

Símbolo del que eterno le consagro
Dentro del alma, siempre su, cautiva,
Juro dar á esa flor consoladora
La savia de mi sangre mientras viva.»

Fué la carta al correo,
Que entregó con envidia, suspirando
Su destino al fijar, en el deseo
Que de verla le estaba devorando.—
Vete, papel dichoso, le decía,
Tú que en sus manos estarás en breve!...
¿Cuándo llegará el día
Que á su lado otra vez también me lleve?!

Y él un día soñó que una paloma,
Que en la palma extendida de su mano,
Posada encima, le picaba el grano,
Huía lejos, loma tras de loma,
Colgada de las garras de un milano.
Y el Doctor asegura
Que su madre con gritos, impaciente,
No sueñes, le decía, es evidente
Que sueña la verdad tu desventura.
El ave de rapiña



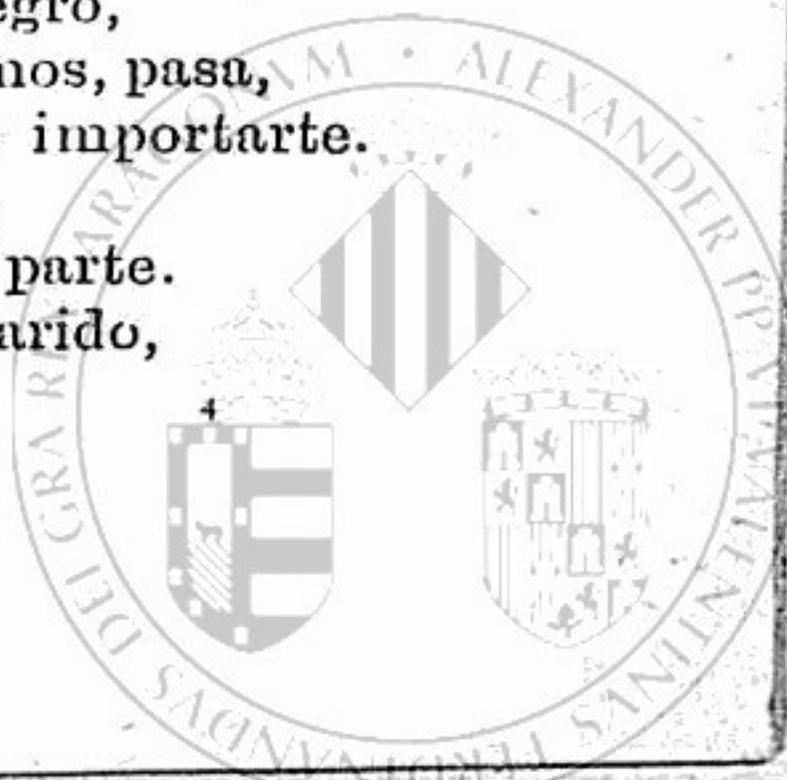
Veo en forma llegar de un potentado
Que logra unirse á la adorada niña,
Vedada para tí, pobre soldado!
Y el hijo entonces, cual oyendo el sueño,
Mano á su carabina echaba al punto,
Su culata abrazando con empeño
Dispuesto á la defensa y cejijunto.

Despertó de aquél sueño ó pesadilla,
Que juzgó natural en un herido,
Y otra carta le entregan amarilla,
Como su cara, al ver su contenido.
El milano! el milano!... la escopeta...
Gritó como un demente;
Me desprecia burlón y audáz me reta
Mi paloma llevándose inocente!...
Y á gritos comenzó desaforados,
De incoherencia tanta, que á muy poco
Llegando allí curiosos y empleados,
¡Infeliz, exclamaban, está loco!...

Fué un ataque nervioso, convulsivo;
Debil estando aun, convaleciente,
La carta era en verdad harto motivo
Para herir un alma tan vehemente.
Pasó la crisis natural nerviosa,
Y en su mano estrujaba todavía.

La misiva fatal y misteriosa
Que recibió aquél día.
Era la carta un rudo alfilerazo,
De que es la envidia femenil maestra,
Fuera también de ser algún chispazo,
Conocido no obstante ser muy diestra
La que entonces en hiel mojó su pluma,
De la tormenta oculta de los celos
Que la devora y de rencor la abruma.
La firmaba Manuela la doncella,
Que bebía los vientos por el mozo,
Y olvidar no podía en su querella
Que él la desairara sin rebozo.

«Aunque tres años hace, le decía,
Que no te vemos, te queremos tanto,
Que no se pasa día
Sin de tu nombre recordar el santo.
Sé que te vas curando de tu herida
Y excuso de decir cuánto me alegro;
Te doy mi enhorabuena, y enseguida
Quiero decirte, sea blanco ó negro,
Lo que en la corte, á que vinimos, pasa,
Por más que tú demuestras no importarte.
La señorita dicen que se casa,
Mas supongo que ya te dieron parte.
Mucho ha de convenirte su marido,

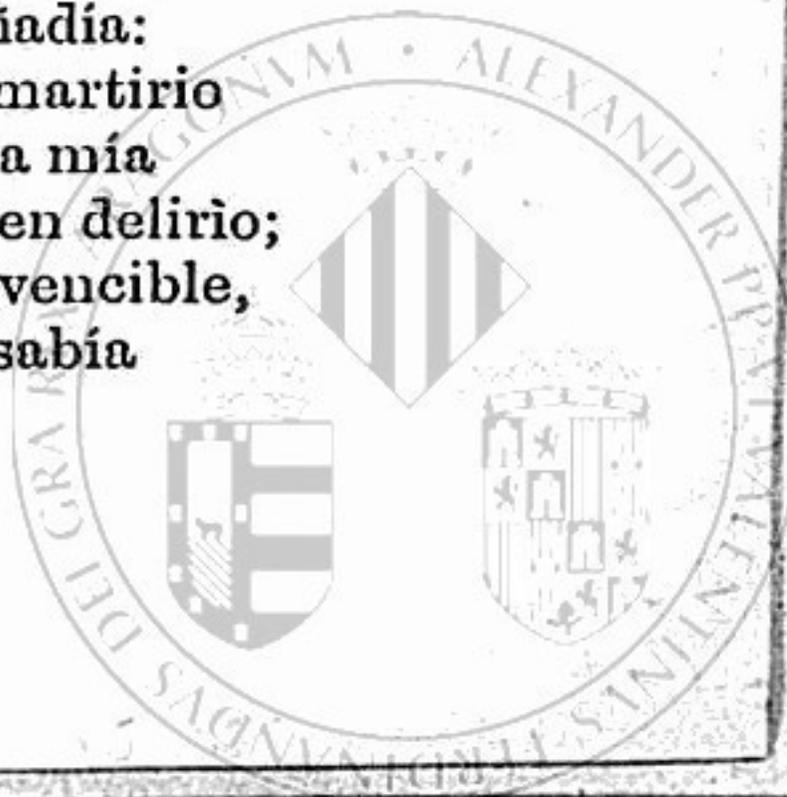


Que es todo un general, muy buen sujeto,
Que sé que ha prometido,
Según dijo en la mesa el señor Conde,
Cuidar de tu carrera entre la tropa;
Y es claro, pues así le corresponde,
Que esta unión ha de hacerte buena ropa.
Mi buena señorita está muy linda;
Y en verdad que merece el entorchado
Que á su belleza y su bondad se brinda.
Cuéntala generala de contado.
Creo que á tí te han hecho ya sargento,
Según el general me dijo anoche,
Por lo cual has de hallarte muy contento.
Por cierto que es preciso le reproche
Que el ojo me guiñó con mucha broma
Diciendo con risita chocarrera:
(Por tu novia sin duda es que me toma)
Que te falta una linda cantinera.
Ni te falta, y es cosa muy segura
Que de mí no te acuerdas para nada,
Pues si bien ya no estudias para cura,
Sé de más que *Manuela* no te agrada.»

Los sueños son verdad, Dios soberano!
Murmuró desplomándose en el lecho;
Soñé con el milano
Y en este general lo vi de hecho.

Sueños de la ilusión y la esperanza,
Ecos rientes de nosotros mismos,
Sirenas de la mente en asechanza,
Que escucha sonriendo el que no alcanza
Lo que son los traidores espejismos,
Vosotros si que sois la vil mentira,
Que al corazón engaña con promesas
Del enfermo cerebro que delira,
Tan falsas para el caso y tan expresas,
Como al niño que llora
Los cuentos de tres reyes ó frutesas,
Que se ofrecen con pompa engañadora!

Del galón, que alcancé, no me denigro,
Pero soñé ganar el entorchado
Siempre el primero en el mortal peligro;
Y es que mi corazón no se ha engañado,
Presintiendo que en insignia tan brillante,
Recamada de oro,
La gloria estaba y posesión triunfante
De mi alma, de mi vida y mi tesoro.
Pero de qué me extraño? se añadía:
¿Puede nunca soñar, ni en tal martirio
Soñé tampoco que nunca fuera mía
Tan cara prenda? No; ni aun en delirio;
Soñaba porque el sueño era invencible,
Pero al sueño del alma harto sabía



Que hallarle un fin real era imposible.

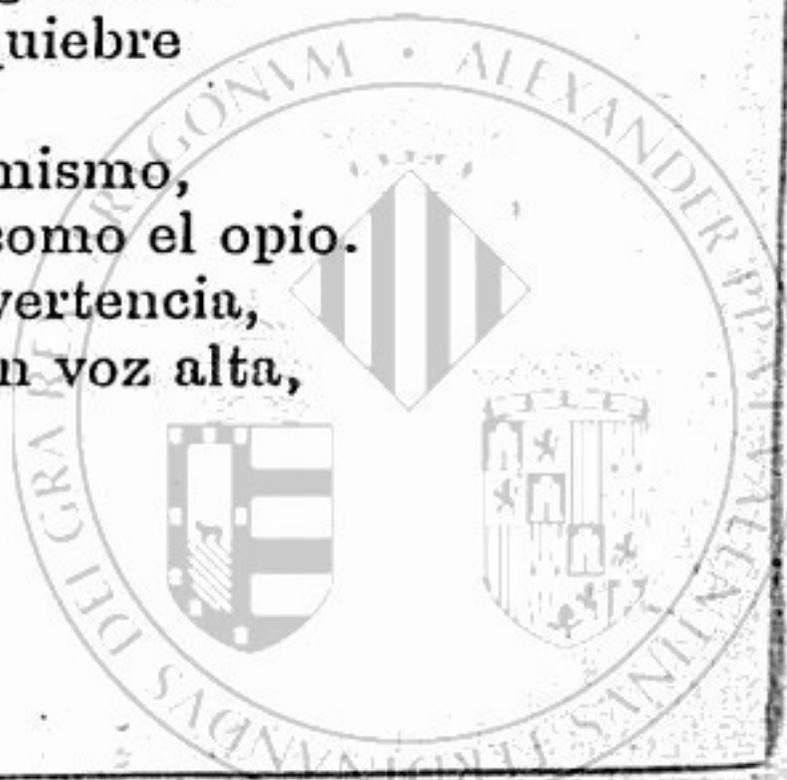
.....
¡Pasó con su cortejo de ilusiones
El sueño delicioso!
Las músicas pararon y los sonos
Del laud armonioso
Que tañía en el alma el sentimiento.
Las cuerdas están mudas;
El dolor en sus notas más agudas
Las reemplaza sangriento
Y ante el cambio infeliz morir me siento!

Adios! es de los tres, por mí previstos
Este el adios segundo.
¡Qué pronto fué! ¡qué ciertos y cuán listos
Le llegan siempre al triste
Los dolores que teme en este mundo!
¡Qué bién las copas de la hiel escancio,
Y una tras otra bebo y me devoro!
¡Qué horrible es mi vida!... ¡qué cansancio!
Y matarme no logra el torpe moro!...
Y horrible idea, lúgubre, maldita
Por su agitada mente,
Que más y más la calentura escita,
Pasó entonces, diciendo sordamente:
¿Sin ella qué me importa ya la faja,
Ni qué tengo en la vida que me incumba?

¿No es mejor que el capote la mortaja?
¿Y mejor que el martirio no es la tumba?

Dice el Doctor en una de sus notas
Que la madre soñando con su hijo,
Con sudor en la sien á gruesas gotas,
Y en extrema inquietud, así le dijo:
Nó! vuelve al seminario
Que mejor es la vida que la muerte
Y el hábito mejor que es el sudario.
O sé en tu patria resignado y fuerte
Defensor de su gloria y poderio;
Y si es tan fija de tu amor la idea,
Recuerda cuanto en vida de tu tío
Te burlabas leyendo el desvario
Del Quijote y su bella Dulcinea.

Y el joven en efecto enamorado,
Con laxitud, rendido por la fiebre
Quedóse aletargado;
Que en toda exaltación del organismo
Natural es que el ímpetu se quiebre
Por el cansancio propio
Y exceso bruto del esfuerzo mismo,
Que obra siempre calmando como el opio.
Soñando con su madre la advertencia,
Que oyó sin duda, trasmitió en voz alta,

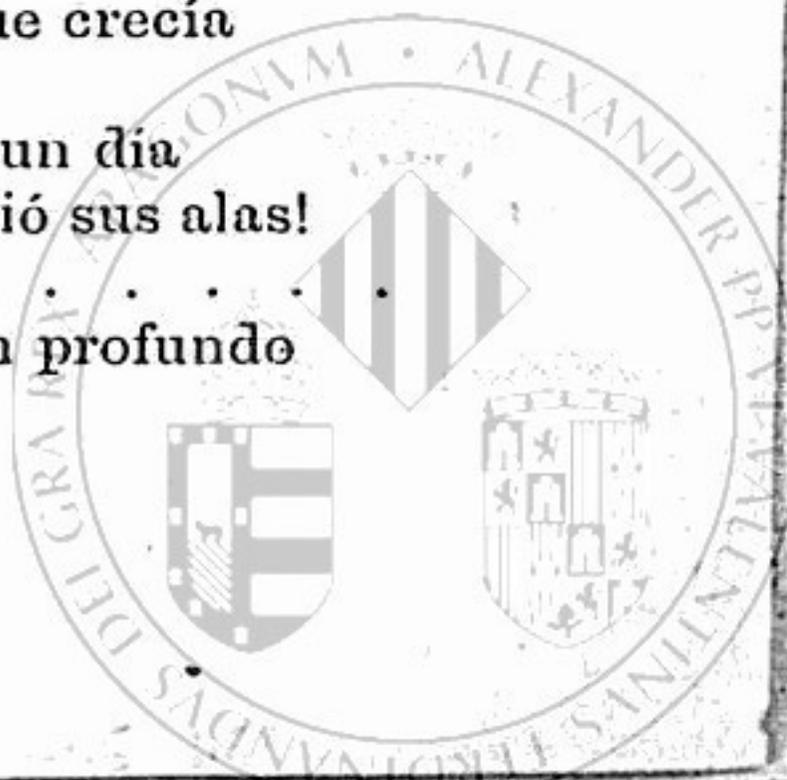


Y otra vez otra rara coincidencia
Se observa en los sueños que resalta,
Cuyo efecto inmediato
Fué acabar su delirio desde luego,
Dando un giro al discurso más sensato
Y al fin lograr reparador sosiego... —

No poco á tal efecto y buén reposo
Logró contribuir con su prudencia
Y expresiones de amigo cariñoso,
Cierta joven que allí la Providencia.
Deparara clemente á sus pesares;
Médico militar, y por fortuna
Dotado de instrucción y de talento,
De su penoso cargo en los azares
Sensible y compasivo,
Siempre al dolor y á su remedio atento,
Sus frases eran blando lenitivo,
Bálsamo dulce de serena calma,
Que, aun más que del cuerpo los dolores,
Benéfico curaba los del alma.
Profunda simpatía
Bién pronto le arrastró forzosamente,
Y en íntima amistad con él solía
Conversar muchos ratos,
Siendo su amor el tema preferente,
Y es claro que por tanto le eran gratos.

El Médico á su vez una historieta
Le contaba también en su consuelo,
Para este fin sin duda muy discreta
Puesto que era mayor su propio duelo.
Su noble corazón eterno luto
Llevaba por un ser idolatrado,
Que el forzoso tributo
Pagó á la muerte en trance malhadado.
Debido á sus esfuerzos y pericia,
De sus amores fruto,
Quedóle un hijo de mejillas rojas,
Que formaba en el mundo su delicia;
Del arbol de su dicha era sin hojas
El pájaro canoro;
Precioso niño de belleza rara,
Que entre bucles de oro
Lucía en nacar su pequeña cara,
Nítida y trasparente;
Que á sus brazos al verle iba corriendo
Y alegre le miraba, y balbuciente
Pronunciaba su nombre sonriendo.
Cuando mayor la gracia en que crecía
Y espléndidas sus galas,
El niño en angel trasformóse un día
Y hacia el Cielo también tendió sus alas!

• • • • •
Ante dolor tan grande y tan profundo



Con tal resignación sobrellevado,
 Fácil era pensar que en este mundo,
 Si corremos la vista á nuestro lado,
 Se encuentra, comparando, donde quiera
 Quien es más que nosotros desdichado.

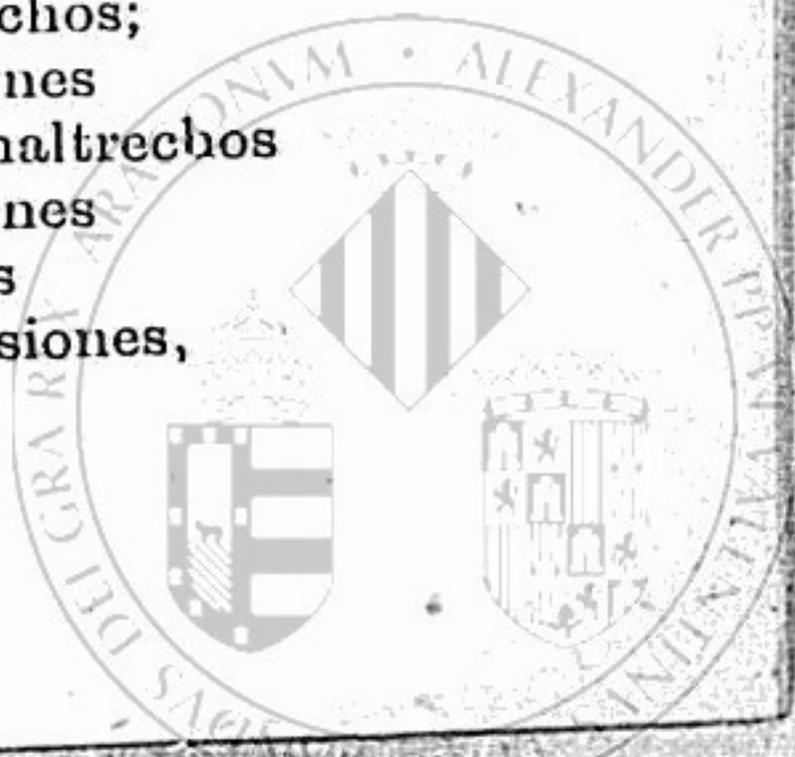
Esta comparación que, bienhechora,
 De un éxito es al fin siempre seguro;
 La grata distracción consoladora,
 Que el sentimiento ofrece noble y puro
 De la tierna amistad y claro juicio,
 De levantarle el corazón hicieron
 Piadoso por de pronto el buén oficio.
 El buén Médico, amigo verdadero,
 Logró, pues, con su historia y sus visitas
 Vencer en línea al enemigo fiero,
 Consolando al enfermo de sus cuitas.
 Y este, el valor cobrando y la entereza,
 Más que en su pena fijo en el ultraje,
 Sintió como el rubor de su flaqueza
 Resuelto á todo con viril coraje.

Y el tiempo fué corriendo presuroso,
 Y el sargento, otra vez en la campaña,
 La estrella al fin de alférez valeroso
 Ganó en Vad-Ras para volver á España.



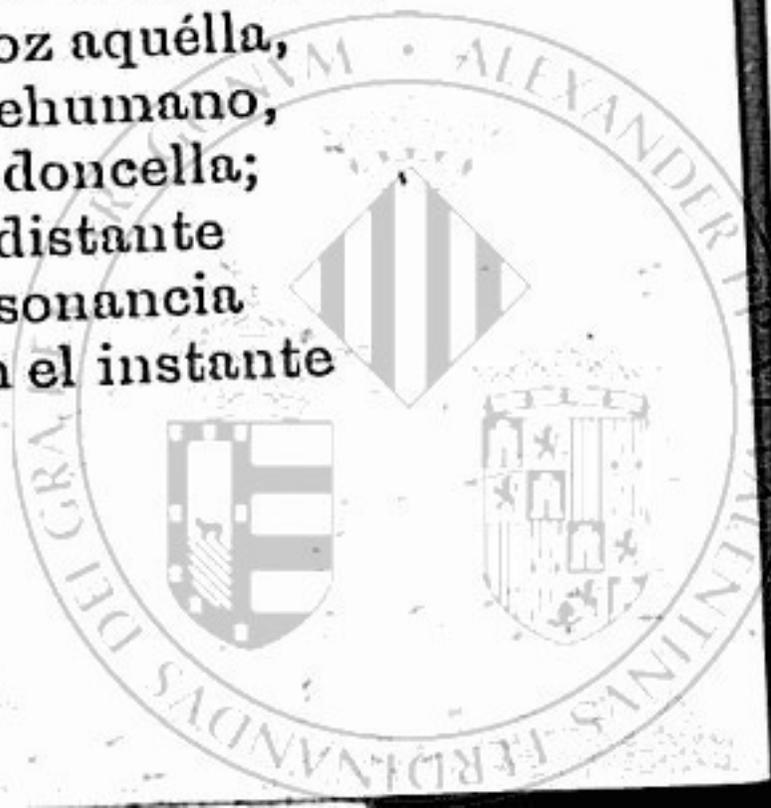
.....
.....
.....
.....

Madrid entero estaba engalanado,
Sonando á vuelo las campanas broncas
Y el tiro en salvas y el cohete alado;
Pueblo inmenso en sus calles y sus plazas,
Bullendo alegres, de aclamar ya roncas,
Del reino todo las diversas razas.
De O'Donnell y de Prim, que van al frente
Del ejército entrando victorioso,
Se buscan las figuras por la gente
Con frenético afán, tumultuoso.
Y al andar, se refrenan sus caballos
Por manos mil cogidas á sus crines,
Y apenas sientan los herrados callos
Sobre el pavés que pisan de adoquines.
Están los unos de gritar deshechos;
Los otros improvisan palanquines
Y en sus brazos levantan, ya maltrechos
A fuerza de balances y emociones
Con amigos, patriotas y beodos
Que abundan en solemnes ocasiones,



Los varios héroes, que señalan todos,
Según pasando van los batallones.
Doquiera la oriflama y el ramaje;
De rojo y gualda cuanto ven los ojos
Porque es todo banderas el paisaje.
Los grupos de cabezas, á manojos,
Sostiene con orgullo el balconaje;
Y en este con las tintas de los cielos
Y el carmin de mejillas sonrosadas
Las mujeres que agitan sus pañuelos
Derrochando las flores y miradas.
Las charangas, cornetas y tambores
Ataque van tocando placenteras;
No pueden los soldados con las flores
Ni ya con más coronas las banderas.

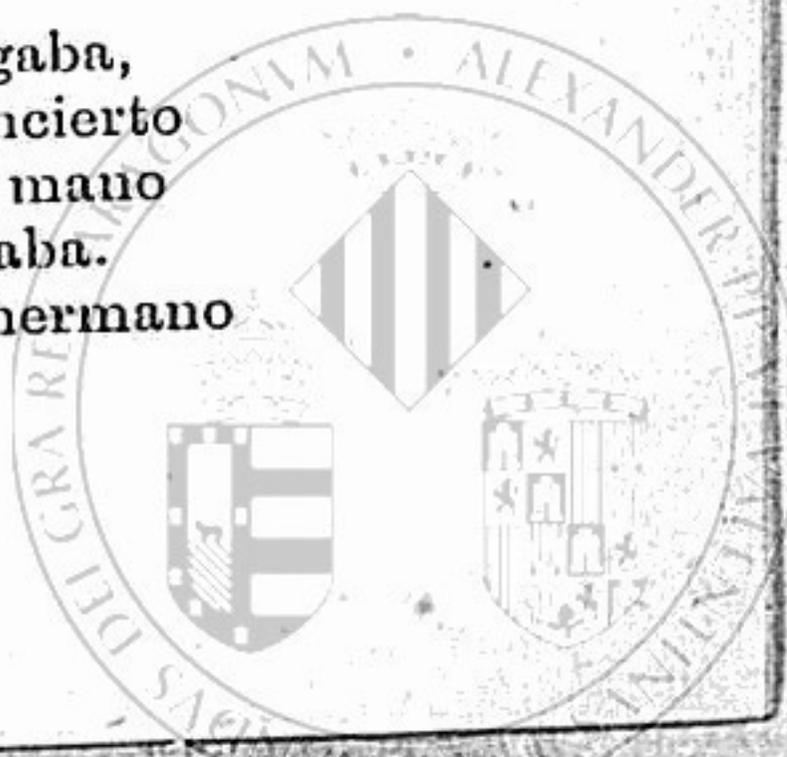
Un alférez reciente abanderado,
Que una en alto conduce con orgullo,
Su propio expreso nombre vé aclamado
Siguiendo al ¡viva! el natural murmullo.
La vista entonces á un balcón cercano
Como un rayo tendió; la voz aquélla,
Que oír pudo con eco sobrehumano,
La voz fué de Manuela la doncella;
Y era de presumir que no distante
Otra voz de más honda resonancia
También pudiera oír, y en el instante



Salvando por el aire la distancia,
De blanca mano, que en saludo acciona,
Cayó en su mismo ros una corona.

.....
.....
Fué el alferéz á casa de los condes,
Que estaban en Madrid de temporada,
Y en ocasión entró, tan desgraciada,
Que al lado de su bella
De mano á mano á departir con eila
Se hallaba el general, tan complacida
Logrando sorprenderla y sonriente,
Que abierta en ancho la moral herida,
Sintió como el efecto deprimente
De amarga decepción; más de repente
Con grito ingénuo de alegría inmensa,
Colorando su faz la roja grana,
Le vió la jóven, y profunda, intensa
Mirada de pasión, descubre llana
Cuanto agita su ser y cuanto piensa.

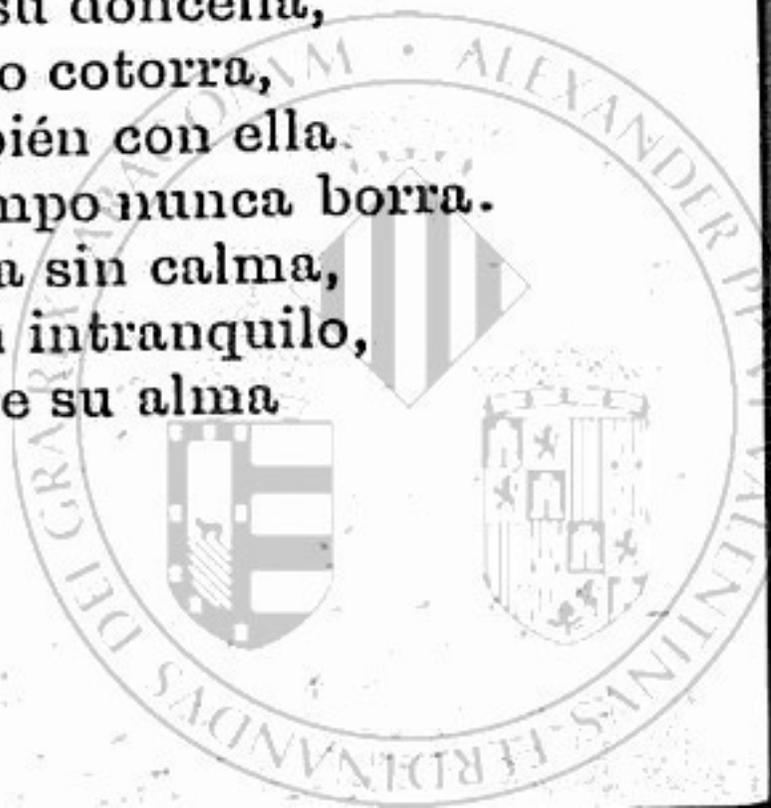
Esto es soñar despierto!...
Sofocando el suspiro que lo ahogaba,
Pensó, avanzando con el paso incierto
Trémulo el joven á estrechar la mano
Que ella resueltamente le alargaba.
Le quiero, general, como á un hermano



Temblando dijo de emoción y gozo;
Y el general al verlo ¡guapo mozo!
Francote y muy campante
Le respondió con protector acento;
Tanto así, que aguardaba este momento
Para darle su despacho de Ayudante.
A mis ordenes ya, señor Alférez,
Comienzo aquí por daros la primera;
Id adentro y decidle á Manolita
Sí ha de ser nuestra alegre *cantinera*.

De esfuerzo varonil haciendo alarde
Risueño saludó, de aquella sala
Saliendo el pobre mozo más cobarde
que un pájaro cogido por el ala.

La bella preocupada por su parte
Quedó sin atender, como solía,
Del General su esposo la que entonces
Hallaba indiferente compañía.
Y envidiaba á Manuela su doncella,
Que hablaría con él como cotorra,
Y él recordando así también con ella
Las mil cosas que el tiempo nunca borra.
Y en celos instintivos, ya sin calma,
Demostraba un afán tan intranquilo,
Que de la trama oculta de su alma

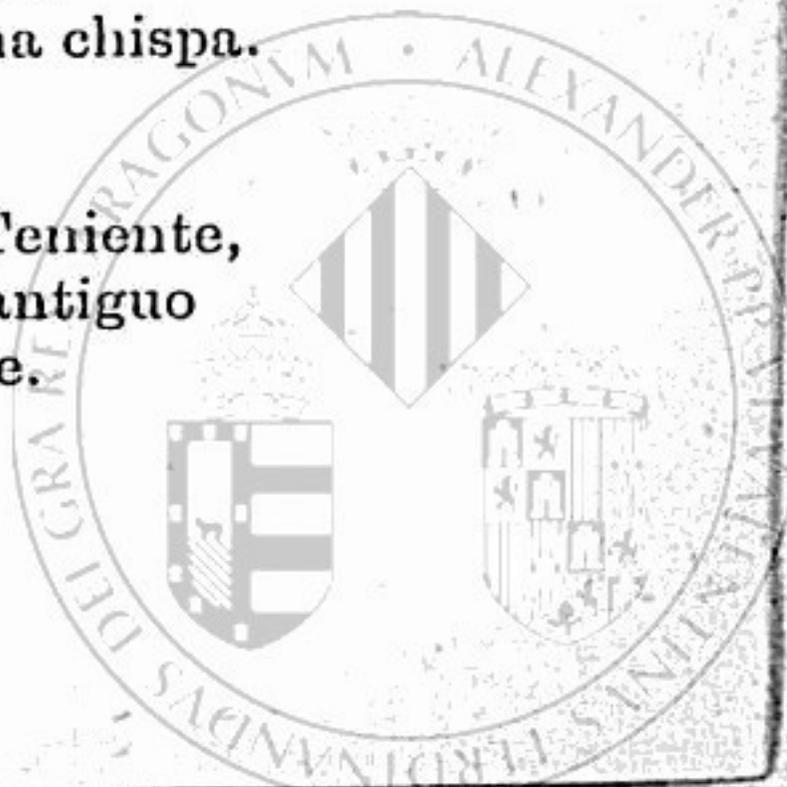


Cogió su esposo el General un hilo.

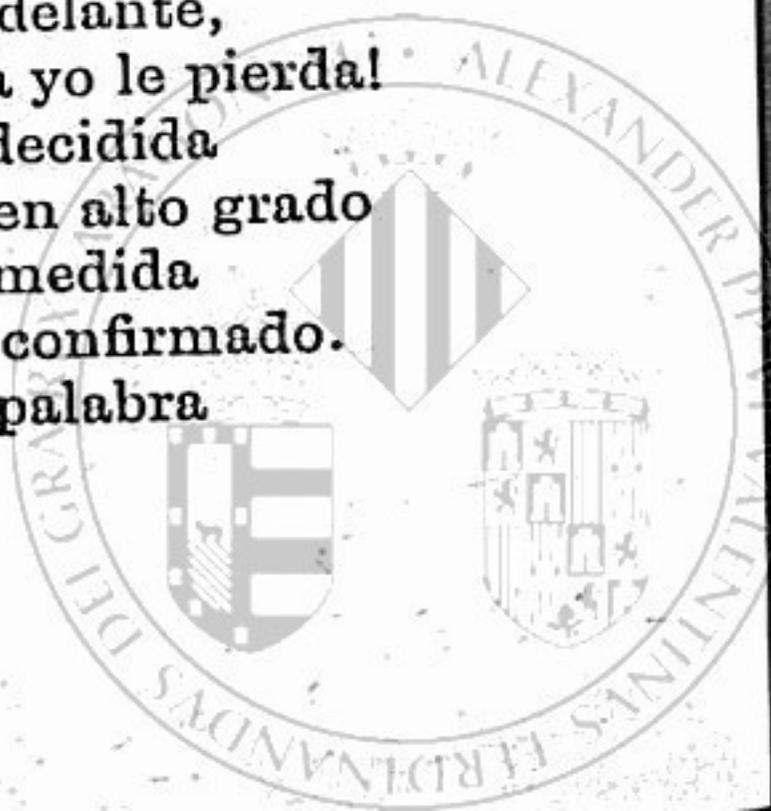
• • • • •
Y otros muchos el tiempo descubría,
Que el amor, que de veras guarda el pecho,
Rompe siempre la debil celosía
Que opone el disimulo ante el acecho.
Y el cauto general los hilos todos
Fué descubriendo de la ingénua trama,
Y apoyando su frente en mano y codos,
No hay duda, murmuraba, ¡que le ama!

• • • • •
Aunque brusco y de nervio
Era en sus prontos, como buén soldado
Que aprende á ser en el cuartel soberbio,
Diplomático, asaz disimulado
Guardaba bién la forma y la apariencia
Y era en doblez y sonrisitas ducho;
Furioso empero y rudo por esencia,
Sin esperar ya mucho,
La explosión de los celos, que le crispa,
Como pólvora dentro del cartucho
Guardaba en sí pendiente de una chispa.

Decidió nuestro Alferez, ya Teniente,
Con Manuela casarse, pues de antiguo
Sabía que lo amaba tiernamente.



Era no obstante el proceder ambiguo.
El la quería, es claro, como hermana,
Y el noble fin, que entonces perseguía
No era otro que cuidar de que al *mañana*
Tuviese ella un escudo en su hidalguía.
Solos ambos entonces en el mundo,
Malogrado su amor, que era imposible,
Cierto de no sentir otro segundo;
Puede en verdad decirse que la cosa,
Según es á la vista perceptible,
Resultaba en su caso muy juiciosa.
¿Podía empero así impaciencia alguna
Tener el simple afecto de un hermano
Que sucumbe al rigor de su fortuna?
Con su innata pasión luchaba en vano.
La vista de su objeto
La exasperaba mas, y harto discreto
Le vino el General á dar la mano.
De Capitan á Cuba bajo cuerda
Pidió al ministro fuera su ayudante
Para sí meditando: que adelante,
Mas cuanto antes de vista yo le pierda!
Fué Manuela traviesa y decidida
La que inquieta y celosa en alto grado
Propuso al General esta medida
Despues de haberlo todo confirmado.
Y el Capitan de Cuba su palabra



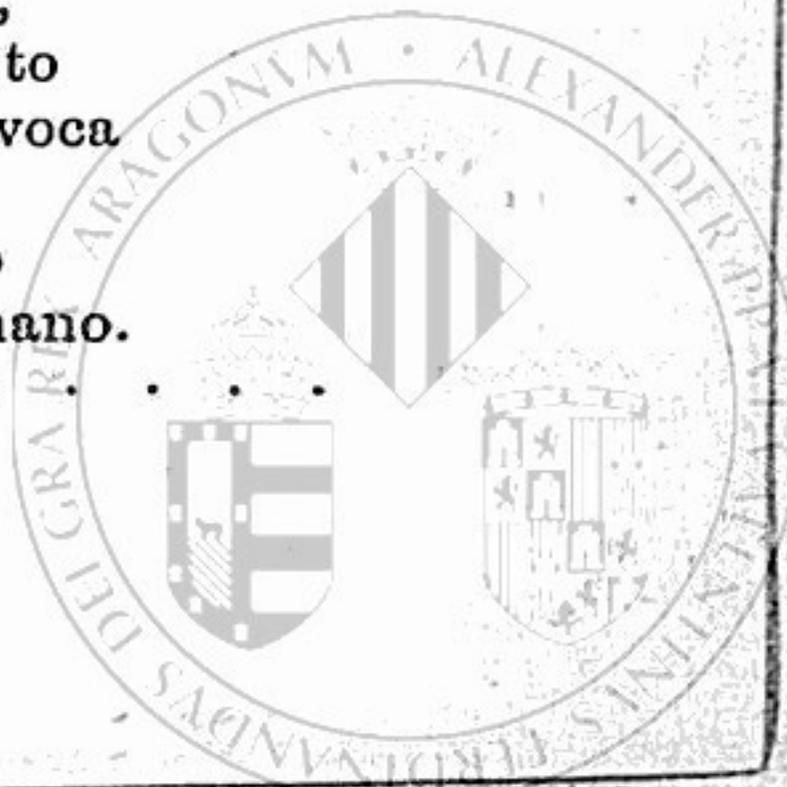
Dispuesto entonces á cumplir al punto,
Si así la dicha de Manuela labra,
Visto que es la ocasión harto propicia
Trata resueltamente del asunto.

Como blanca paloma sin malicia,
Que hirieron en su fibra más sensible,
Vendióse ingénua la sencilla esposa
Con solo esta palabra: ¡Es imposible!...

La sorda tempestad, que solapada
Por dentro ya del General rugía,
Rompió entonces feroz y desatada
Perdiendo el freno y toda cortesía;
Y airada mano con furioso encono
Descargando grosera bofetada,
De su rencor y su venganza en tono,
Derrumba en tierra á la inocente amante,
Que cae desmayada.

Nube terrible de vapor saugriento
Cruzó del Capitan la frente loca,
Y al General su Jefe, que violento
La horrenda lucha tan fatal provoca
Con el golpe tirano,
De su rewólver disparóle un tiro
Su automática entonces ciega mano.

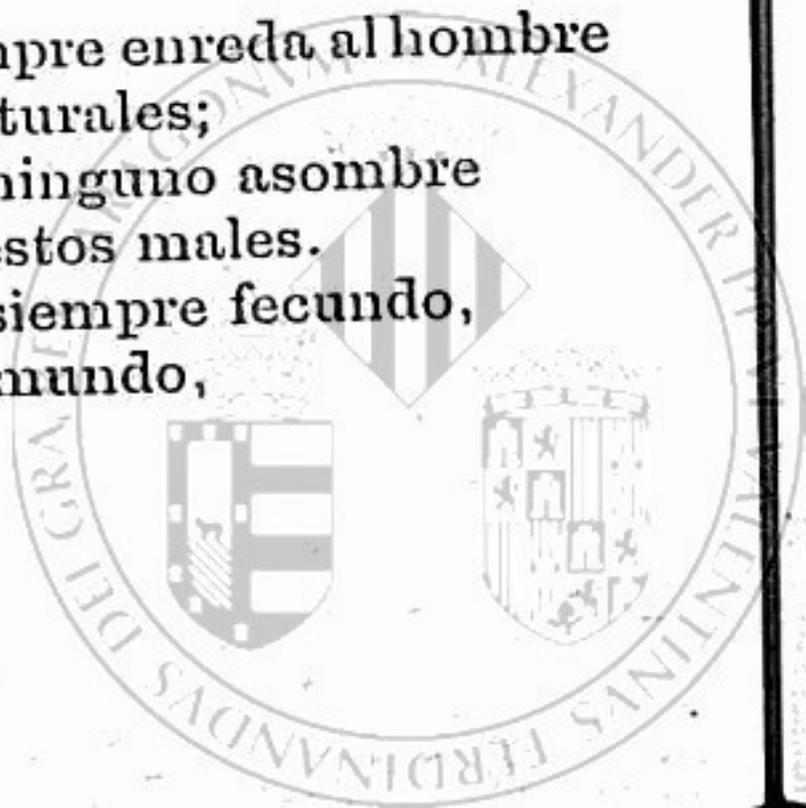
.....



La bala por fortuna
 Tan solo al brazo mismo, que fué origen
 Del suceso fatal, hirió oportuna.
 ¡Leyes ocultas que el acaso rigen!...
 Si es que el acaso existe, que lo dudo;
 Pues si el átomo á leyes obedece,
 Para el orden moral es concienzudo
 Discurrir que lo mismo le acontece.
 Salvóse el General, y en tal siniestro
 ¿Qué importa *ante la vida* que se manque?
 La ruda mano en su mortal secuestro,
 Sufrió el castigo del brutal arranque
 Cayendo al golpe de la *Ciencia* diestro.

.
 Salió de su desmayo la ofendida
 Sin amor y sin fé, mas testimonio
 Dando de esposa digna y bien nacida
 Y en paz siguió algún día el matrimonio,
 Que así las cosas pasan en la vida,
 Cuando quiere enredarlas el demonio.

Y es el mal que este siempre enreda al hombre
 Cuando viola las leyes naturales;
 De aquí por tanto que á ninguno asombre
 Que remedio no tengan estos males.
 De ejemplo para el bien siempre fecundo,
 ¡Que pareja feliz en este mundo,



Fundando en el amor una familia
De Cielo y tierra recibida en palmas
Por fuerza son los que nacieron *pares!*...
Mas siendo lo contrario, y no es homilia,
Nave que busca en tempestuosos mares
Borrascas ciertas y dudosas calmas,
Ni con Dios ni sus leyes se concilia
La sacrilega unión en los altares
De cuerpos que no cuentan con sus almas.

El Consejo de guerra en consecuencia
Con la implacable ley de la Ordenanza,
De muerte al Capitán dictó sentencia
Siendo puesto en capilla sin tardanza.

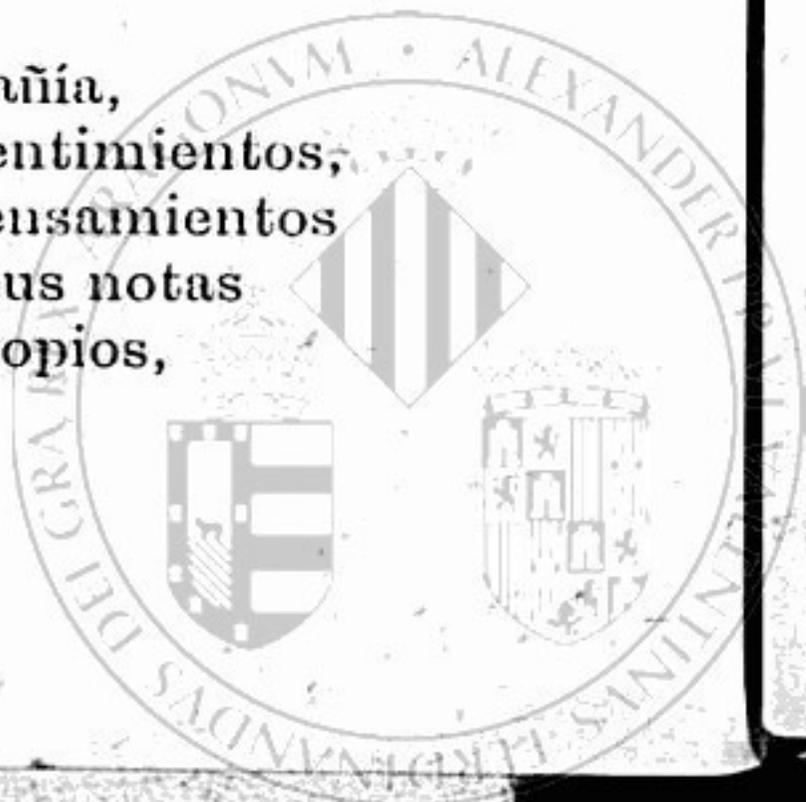
Había sobre el altar de la capilla
De dos velas en medio un crucifijo,
Y ante él allí doblando su rodilla
Con alta voz estas palabras dijo:
Madre mia, yo sé que desde el Cielo,
Llorando y ofreciéndome consuelo,
Viendo estás el martirio de tu hijo,
Cual si tuvieses ojos corporales;
Y es lo especial que tu visión encierra.
Que, si tus ojos lloran en la tierra,
Se rien en la gloria de mis males.
No sé lo que ser pueda; pero juro



Que en tan solemne instante para un reo
Tan claro lo estoy viendo, que aseguro
Que en ella, oh Cristo como en tí, yo creo.
Pronto seré contigo, madre mía,
Si el mundo material de sí me arroja
Como al Cristo que beso en mi agonía,
Tú vienes á alentarme en mi congoja;
Porque ven mis sentidos bién despiertos
Que lo mismo que tú, batiendo palmas,
Con los brazos abiertos
El mundo me recibe de las almas.

Levantóse después y hácia la mesa,
Donde tenía de escribir recado,
Se dirigió; su frente, que le pesa
La historia recorriendo del pasado,
Se inclina al pensamiento que lo abruma.
¡Muere por ella al fin, que no se aparta
De su imaginación, ni de su pluma
Que escribe entonces su postrera carta!

En tanto que escribía
Del padre Capellan en compañía,
Que era hombre de tiernos sentimientos,
Se abismaba en profundos pensamientos
Un anciano Doctor, que de sus notas
Removiendo con ansia los acopios,



Mil causas estudiaba, siempre ignotas,
Prestando al reo sus oficios propios.

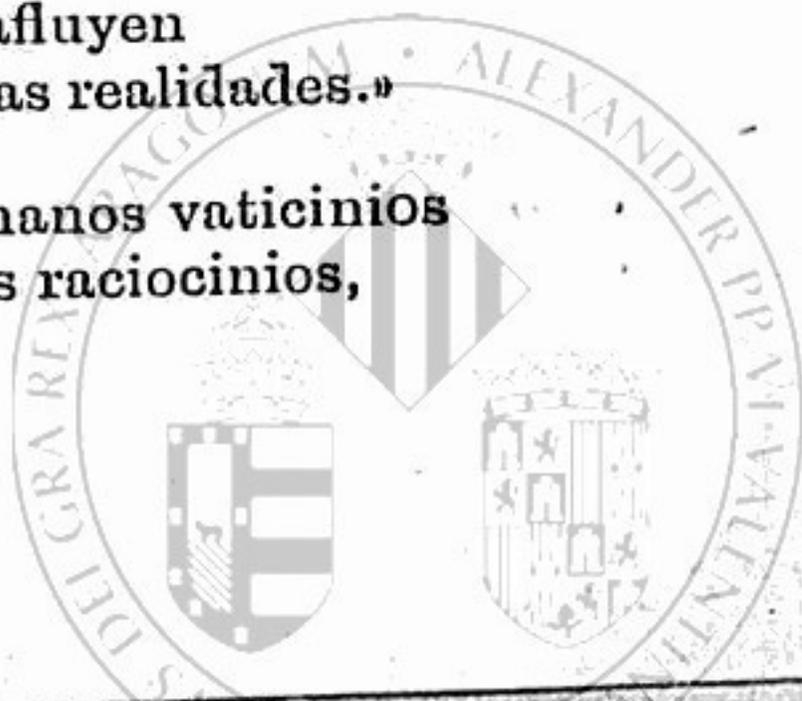
Pensamientos sugiere tan profundos
Del hombre abstracto la genial figura,
Que hace todo creer que son dos mundos
Los que á un tiempo atraviesa la criatura.
¿Qué lazos unen y qué leyes fijas
De entrambos determinan el concierto?
¿Las corrientes de unión de qué son hijas?
¿Qué resta de lo vivo y de lo muerto?
¿Es el espiritista por ventura
Demente, embaucador ó visionario,
Y es falso cuanto afirma y asegura?
¿No es tangible verdad por el contrario?
Lo ignoro; pero sé que en nuestra vida
Se observa tanta rara coincidencia,
Que explicación no tiene en la medida
De la común humana inteligencia,
Que es fuerza meditar; el pensamiento
De esencia es libre, obicua, independiente,
Y el espacio infinito es su elemento,
No el centro cerebral del ser viviente.
Rebelde, y á la fuerza sujetado
A otro, que no es el suyo, tan distinto,
Vuelve al éter, apenas desligado
Lo deja del cerebro el laberinto.

Formando homogéneo un fluido solo,
Su acción espiritual con el espacio
Sin duda el fluido nerveo comunica,
Como aguja imantada con el polo;
Y este eslabón oculto nos explica
Y expone así más claros
Del magnetismo los efectos raros.
¿Cómo la madre de este joven reo
Murió al soñar la muerte de su hijo?
Yo he visto con mis ojos, y lo veo,
Que cierto resultó cuanto predijo.
Yo sé que en las sagradas Escrituras
De los santos profetas, como Elías,
Se cumplieron del tiempo en las alturas
Con toda exactitud las profecias.
¿Es que para el espíritu no existe
Lo que llamamos *tiempo* los mortales,
Que bajo el prisma tan pequeño y triste
De los órganos nuestros materiales
Hemos de ver y de sentirlo todo?
Quién sabe! pero si razón me asiste,
Por lógicas inducciones me convenzo
Que todo lo vé presente, de igual modo
Que vemos muchos cuadros en un lienzo.
Los *siglos* son las *vistas* que pasando,
De un solo cuadro en partes dividido,
Van unas tras de otras por el lente,



Que el espíritu en junto está mirando.
El espíritu humano en tal sentido
No es raro, y se comprende fácilmente,
Que claras vea las futuras cosas
En el cuadro, que el hombre *tiempo* llama,
Tanto para él en fin mas prodigiosas
Cuanto es más complicado el panorama.
Los finos nervios en el cuerpo vivo
Del espíritu son las ligaduras;
Si las afloja por cualquier motivo,
Recobra aquél sus cualidades paras,
Y á medida que es menos prisionero
Mas dá razón con libres expansiones,
Pudiendo penetrar lo venidero,
De su virtual esencia y de sus dones.
Entonces adivina,
Y entonces sin distancias ni paredes
Vé claro, descorrida la cortina,
Lo que es opaco en las nerviosas redes.
Por esto, pues, del mundo en las edades
En la muerte del sér vivo no concluyen
Los sueños y demás idealidades;
Estos al éter primitivo afluyen
Y empiezan como son las realidades.»

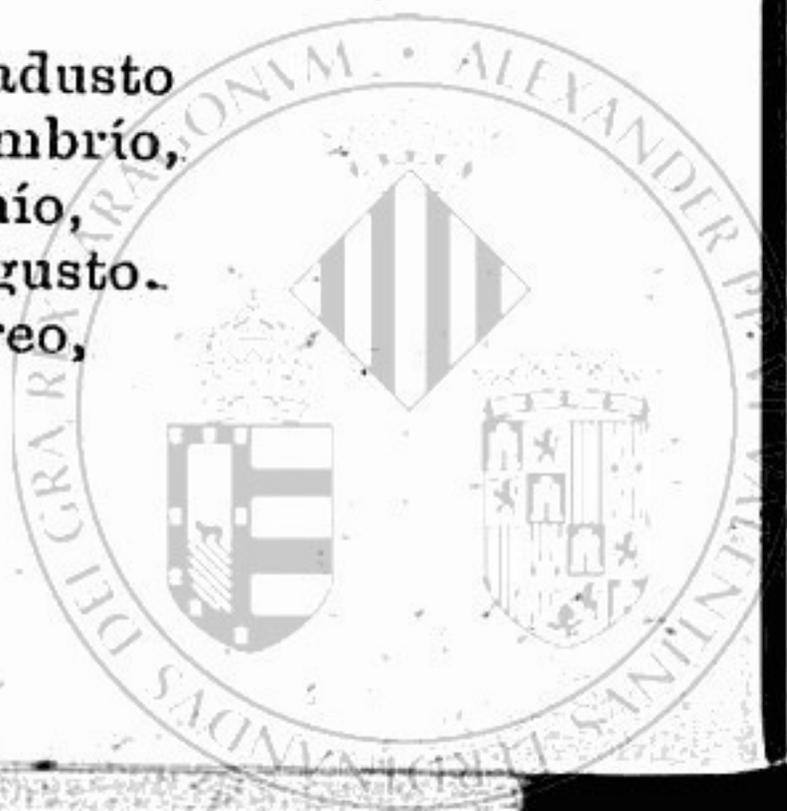
Hasta aquí sobre humanos vaticinios
Llegaban del Doctor los racionios,



Cuando el reo, concluida su tarea,
Pidió, cortando el rumbo de su idea,
Que diesen á su amor la carta escrita
Después precisamente de su muerte:
Y al oficial de guardia les advierte
Que hacerle cierto encargo necesita.

Un pensamiento enorme disecado
Que de *ella* conservaba en la cartera
Su amoroso cuidado,
Recuerdo que tenía, cual si fuera
Religioso amuleto,
Lo aplicó al corazón estremecido
No sin antes besarlo con respeto.
Y entregando el reloj al camarada,
Su antiguo compañero bien querido
Que vino á su llamada,
—Para el soldado, dijo, no cobarde
Que, firme la muñeca,
Me apunte al corazón, y en él me guarde.
Certo y habil esta flor ya seca.

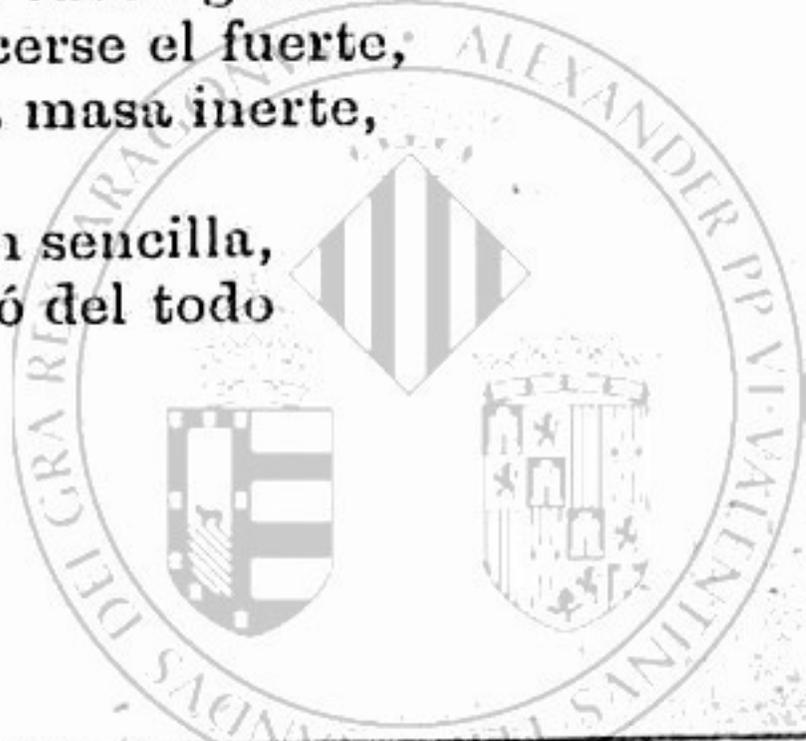
Quedóse el oficial con ceño adusto
Rumiando sus palabras, y, sombrío,
Descansa, dijo al fin, amigo mío,
Que mi revolver cumplirá tu gusto.
Con efusión su mano dióle el reo,



«Gracias» diciendo, «ahora en ti confío
Que podrá realizarse mi deseo.

Volvió la espalda el oficial de pronto,
Y echando tacos y votos entre dientes,
Salió á secarse donde no se note
Dos lágrimas asaz impertinentes,
Que caían mojando su bigote.

El padre Capellan, que no sabía
Como ocultar del corazón la angustia,
Mostrando en aquél lance su energía,
Con turbios ojos y la cara mustia
De su libro breviario echaba mano
De un modo maquinal, y entonces nulo
Por no ser aquél rezo el de un cristiano
Sino de honda emoción el disimulo.
Había en aquél joven tanta vida,
Y era segarle en flor tan doloroso,
Que rebosaba mucho su cabida
La pena de aquél hombre bondadoso.
Mas ya su compasión no tuvo aguante
Ni mas le fué posible hacerse el fuerte;
Cayendo al fin como una masa inerte,
Demudado el semblante
Y acongojada el alma tan sencilla,
Cuando su ser se removió del todo

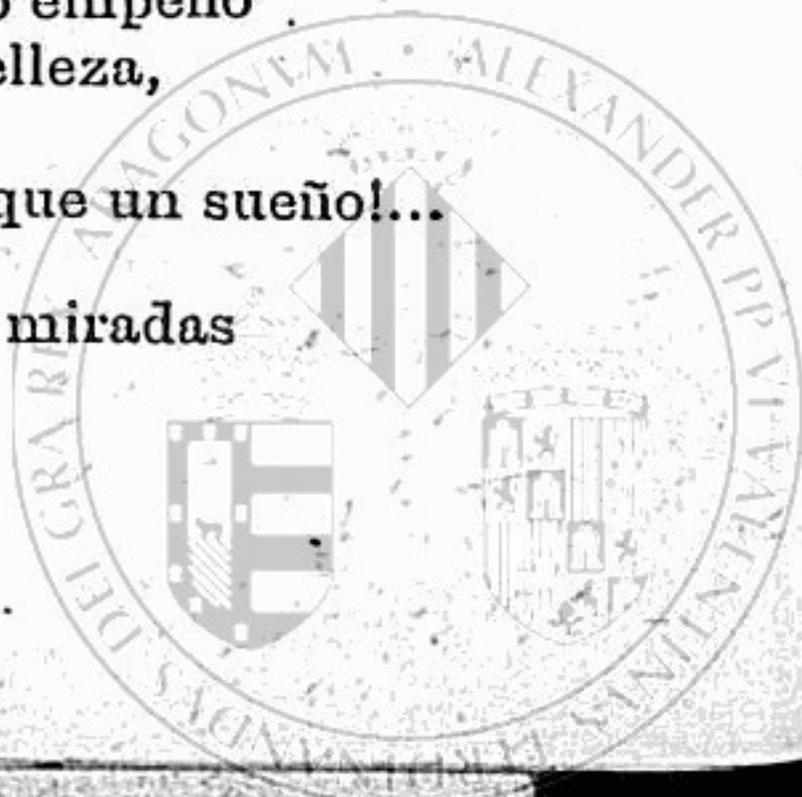


Con la carta que, escrita en la capilla
Decía de este modo:

«Dos veces ya mi amante desvarío
Te ha dicho ¡adios! Ten hoy mi adios postrero!
Tercer adios del alma que te envío
Y último porque muero.

Con qué profunda pena te adoraba!...
Ante un altar de hinojos
Parece que mi amor te contemplaba
Cuando, al verte, mi espíritu espaciaba
Por los cielos azules de tus ojos.
Cual la Virgen que flores á manojos
Recibe santa en el florido mayo
Bajo del pié la víbora y el rayo
La vista fija en la celeste altura,
Así mi enamorada fantasía
Seductora veía
Tu imagen celestial risueña y pura.
¡Con qué amarga tristeza
Con qué dolor en mi amoroso empeño
Te adoraba, ábsorto en tu belleza,
Sabiendo con certeza
Que era mi dicha nada más que un sueño!...

Cruzaban con las mías tus miradas

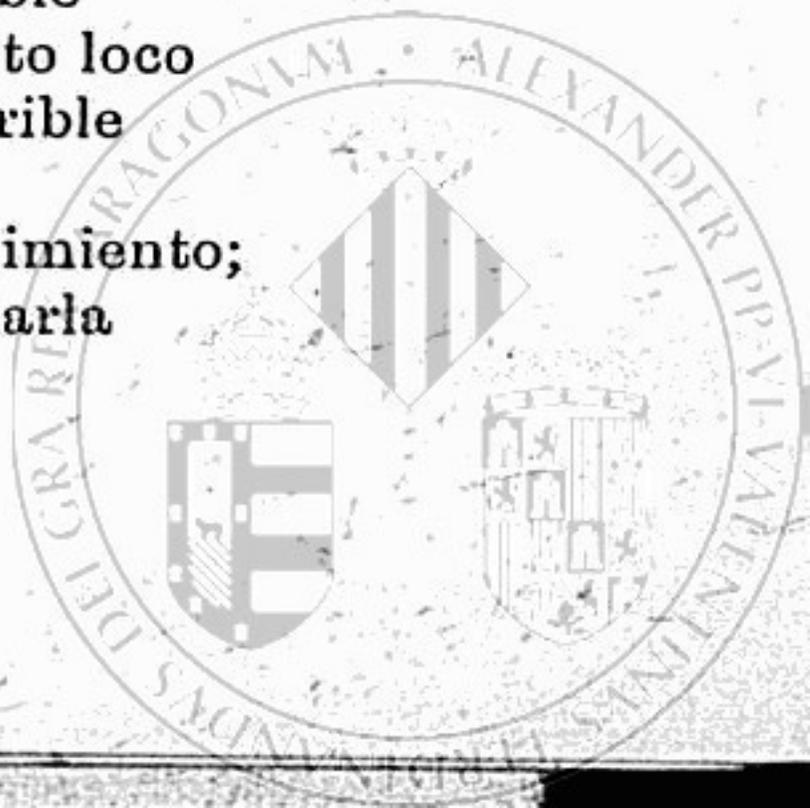


Ser en la tierra venturoso un día!

Adios! ya se desprende
Del árbol de la dicha mi existencia,
Que al suelo cae y en el fangal se hiende;
Sé tú su tronco y su virtual esencia
Con tu feliz amante compañero;
Yo que lo aplaudo y muero
Para toda esperanza,
Sé que mis horas de feliz bonanza
Las gozaré en la tumba; ¡allí te espero!

• • • • •
• • • • •
• • • • •

Cual flor que se marchita
Y en el búcaro inclina su corola
Pálida y mustia, y que por fin se quita
Para tirarla, así llorando sola,
Con tristeza invencible,
La salud decaía poco á poco
De la joven condesa, que visible
Mostraba vaga en desconcierto loco
Su intenso padecer; idea horrible
Solía muchas veces agitarla
Cual presa de interior remordimiento;
Gárrula en otras inconexa charla



Cambiando el giro al vago pensamiento;
Y en otros casos, pareciendo muda,
Silenciosa y austera y fría y yerma,
Sugería la duda
Si estar podía su cabeza enferma.
¡Qué sola estoy!... á veces se decía;
El mundo me parece un cementerio...
Yo sin él no concibo la alegría
Y es mi vida un penoso cautiverio.
Infeliz! ¡Cuánto habrá por mí sufrido
Noble sintiendo la pasión que mata!
Le amaba yo también ¡qué infame he sido!
¡Qué necia y vil y que perfecta ingrata!
No me acordé de su profunda pena
Y á otro en el altar le dí mi mano
Con tímida obediencia, que me arguyo,
Sin ver que envuelta en la fatal condena
Moría al par mi corazón del suyo!
¿Y por qué? ¡la razón es bien donosa!
Porque nací condesa, de alta cuna,
Y era del mundo condición que esposa
Fuese de un hombre igual á mi fortuna.

De histérica y horrible carcajada,
Siguiendo al fin á tales reflexiones,
Se oyó un día la bulla acompañada
De tetánicas, rudas convulsiones.

¡Pobre mujer! de tal padecimiento
Principio tuvo en ella la tortura,
Presentando también desde el momento
Manifiesta y patente la locura!
Y era siempre su tema favorito
Hablar á una señora imaginaria,
Que en brazos con un niño muy bonito
Veía junto á ella estacionaria.
Dilatando su rostro muy risueño,
No bién hacía la señal de verle,
Parece que mostraba grande empeño
Por besar aquél niño y por cojerle.
Pero entonces huía la señora
Gritando con alarma y grande susto;
Y en expresión diciendo aterradora
Frases que oía con mortal disgusto:
No, tú lo matas!—No, ven!... no lo mato!...
Y estas frases la loca repetía
Y el ataque era entonces inmediato,
Continuando en el sueño su manía.
Pero en este confiada y placentera
Le hablaba la señora con cariño,
Y el chico un joven era
Que con ella á placer jugó de niño;
Soy, le dice, la madre siempre triste
Del que hizo de tu amor su idolatría,
Que vana tú sin compasión vendiste.

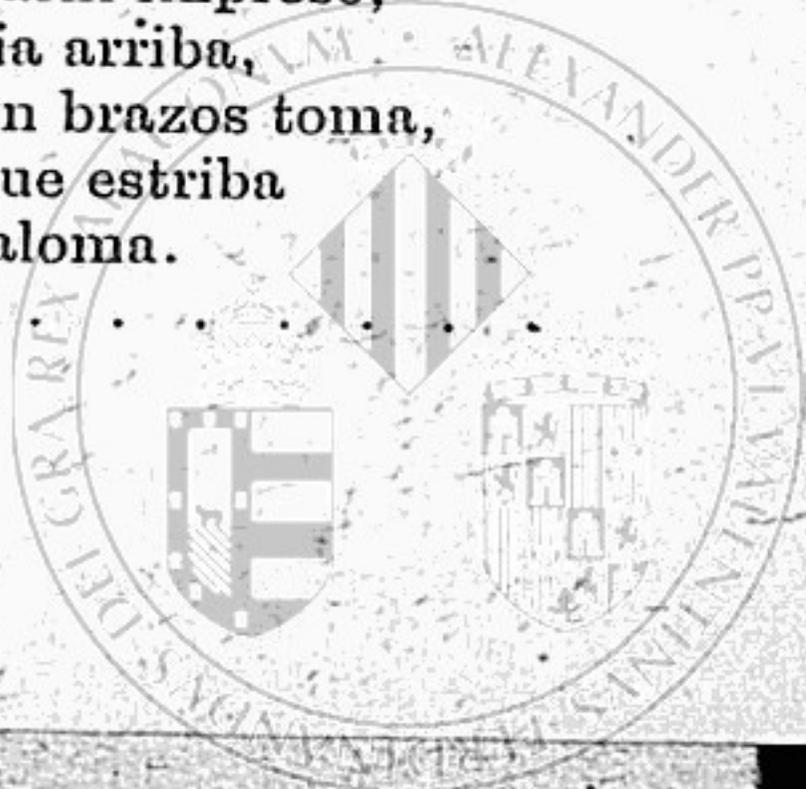
Mas viendo que le amabas, hija mía,
Y el martirio que sufres en tu abono,
Yo te quiero también y te perdono.
Otra señora entonces en defensa,
Surgida allí, muy tierna la abrazaba,
Pudiendo ver con alegría inmensa
Que era su propia madre que le hablaba:
No el obrar, como tú, siempre es pecado,
Por el dicho vulgar que de contado
«No pueden todos convertirse en ases;
Si han de alternar con fuertes los ruines
Y es natural la división de clases,
Lo es también que se junten las afines;
Porque es lógico y justo y oportuno
Y así el orden social su ley no altera,
La órbita recorriendo cada uno
Que el curso le describe de su esfera.»
Es verdad; respondía la primera,
Mas si uno forma el cielo de dos seres
Dándoles á los dos un alma sola,
Como, al crearlos, *hombres y mujeres,*
Sin traba alguna, que sus leyes viola,
Son un todo homogéneo en su organismo,
Si el uno al otro sin piedad inmola
Vuelve el daño fatal contra sí mismo.
Víctima al cabo de sociales usos,
Tú el árbol has tronchado de tu dicha;

Y en celajes entonces más confusos
La señora mas dulce y complaciente,
Señalándole al hijo con el dedo,
Que al Cielo se alejaba sonriente,
*«Te lo daré, decía, más no puedo
Dártelo mientras del carnal vestido
Libre el alma no goces, y despresa
Puedas verte en el mundo del olvido
De tu altiva corona de Condesa.»*

Procurando arrancarla diligente,
La desdichada entonces á la frente,
Con doloroso grito, entrambas manos
Llevaba en ansias, que en la prisa ardiente
Eran del propio ser devoradoras,
Y en esfuerzos al postre siempre vanos
Caía en sedación por largas horas.

En breve la locura progresando,
Y en éxtasis un día del acceso,
De angélica dulzura el sello blando
Sobre el semblante de marfil impreso,
Con ojos entornados hacia arriba,
Dichosa porque al niño en brazos toma,
Sobre nube de rosas en que estriba
Voló por fin al Cielo la paloma.

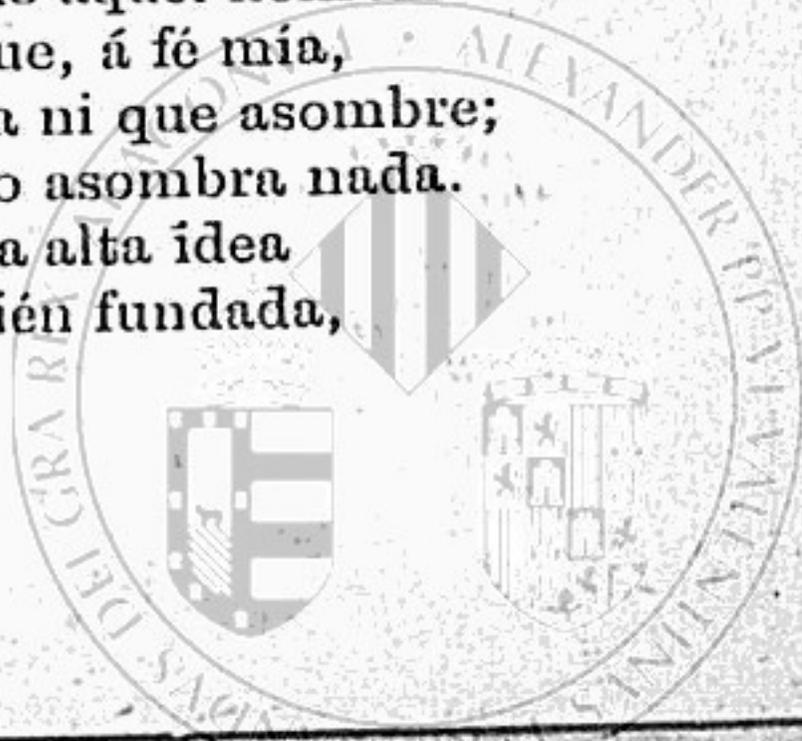
.



Del seno allí de Dios en los misterios,
Los ángeles sin duda con sus palmas,
Al tañer de sus guzlas y salterios
La fusión cantarían de dos almas.

De esta dulce criatura la dolencia
De nuevo estudio origen y motivo
Fué, trayendo más datos á la *Ciencia*,
Por enlazarse al cabo de los años
Al sueño primitivo
Que observara aquél sabio especialista;
Tan constante á la vez y tan curioso,
Que nunca al niño aquél perdió de vista,
De sentar bién los hechos deseoso;
Y así pudo escribir sus impresiones
Y al amor de las madres un ejemplo
Presentar de tan raras condiciones
Que le hacen digno de la unción de un templo

Falta empero al lector que todavía,
Porque mejor comprenda su valía
Dé cuenta de un apunte de aquél hombre
Sin duda el principal y que, á fé mía,
No extraño que conmueva ni que asombre;
¿Qué digo? de ese amor no asombra nada.
Según que de él se tiene la alta idea
Por los hechos y siglos bién fundada,



La cosa es natural. ¡BENDITO ÉL SEA!
 La nota, pues, trascribo y terminada
 Queda también con ella mi tarea.

.....

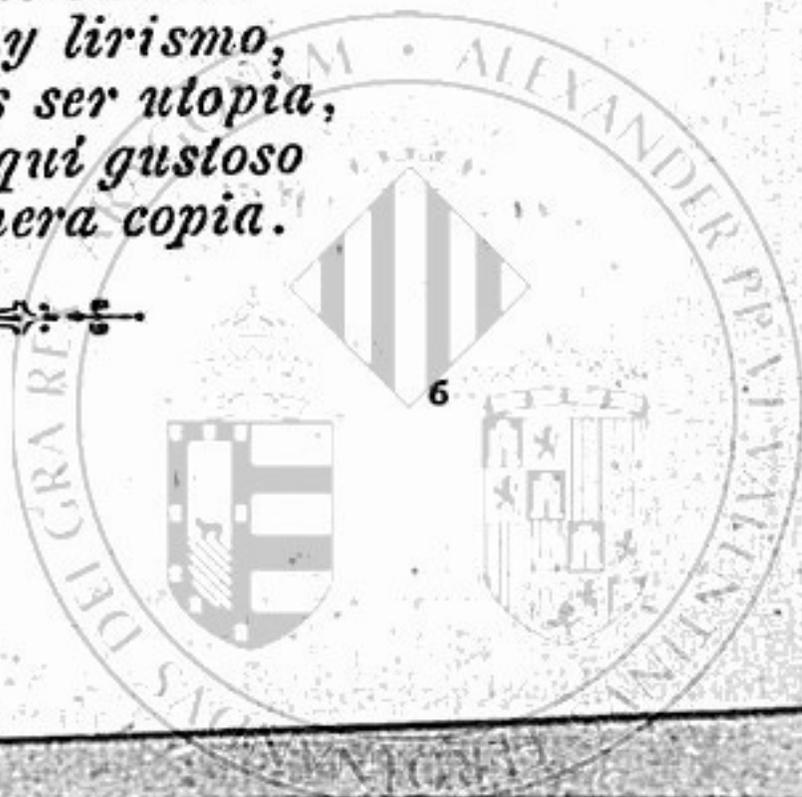
Por dar fin á la historia
 Del magnético sueño, que estudiaba,
 Con pormenores mil en su memoria
 Dícenos el Doctor que un grito agudo
 Con espanto y horror en el semblante
 La madre aquélla, que observaba mudo,
 Dió tan fuerte y horrible, que al instante,
 Comprendiendo que el sueño era espantoso,
 Se esforzó por sangrarla deseguida.
 ¡Qué le matan! decía, ¡es horroroso!
 Y alzando en rigidez la mano yerta,
 Cual sintiendo el horror de una descarga,
 Rugió su pecho como leona herida,
 Que garra y dientes el furor embarga,
 Y en grandes ansias, que á calmar no acierta,
 Diciendo á gritos: ¡Hijo de mi vida!
 Cayó de pronto desplomada y muerta.

29 noviembre 1886



APÉNDICE

*Con el Médico un día tropezando
Que, compasivo y blando.
Curó en Africa al joven cuya historia
Mi objeto ha sido, y con el cual notoria
Fue luego su amistad, con pormenores
Me dió un SUEÑO DE AMOR del estudiante,
Que hizo en el Seminario, y es poesía
Que refleja del alma en sus amores
Las ingénitas ansias del amante,
Sus luchas, corazón y fantasía.
Y una nota además extensa y clara
Me dió de sus delirios, que revela
Fue una FIEBRE DE AMOR que él observara
Cuando al soldado le escribió Manuela,
(Que una béata ó sierra es actualmente,
Según por cierto me afirmara el mismo.)
Como apéndice, pues, seguidamente,
Para el lector tan solo que curioso
De sueños guste y versos y lirismo,
Que otros juzgan de vates ser utopia,
De ambos escritos cedo aquí gustoso
La misma que tomé primera copia.*

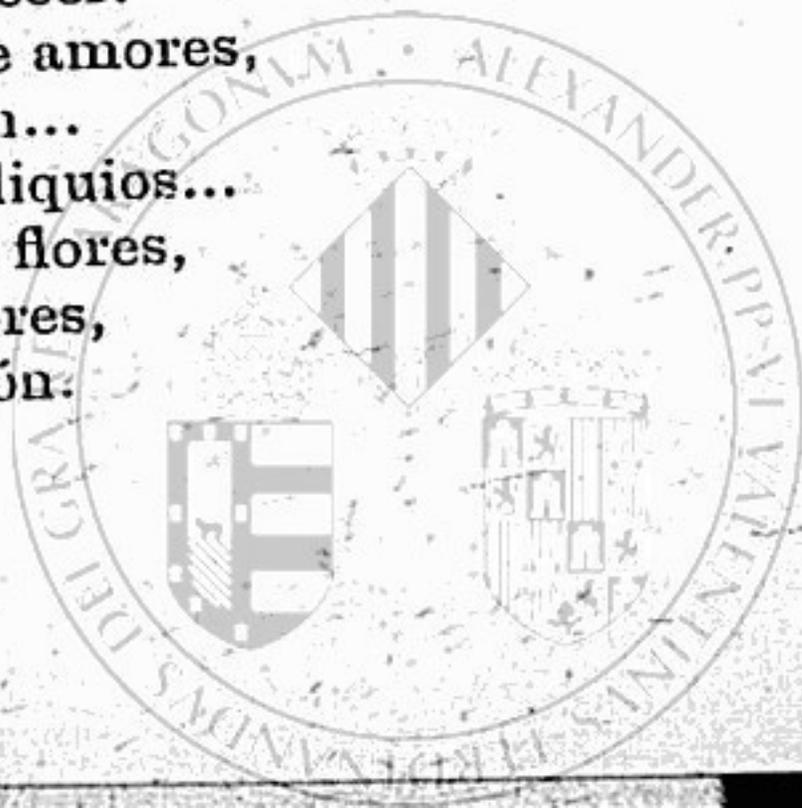


SUEÑO DE AMOR

Cantos del alma, cantos de pena
Ayes que tienen el alma llena!...
Eco de amores, parte volando,
Parte al sitio donde esperando
Viven las flores, vive mi amor;
Vé por los bosques de rama en rama,
Do anida el ave, do está el que ama,
Do está la prenda del ruiseñor,

• • • • •

Serenos días de calma...
Felices horas de ayer...
Tranquilos sueños del alma...
Yo me siento adormecer.
¡Ay! venid, sueños de amores,
Misterios del corazón...
Venid los tiernos deliquios...
Traed del jardín las flores,
De la brisa los rumores,
De las aves la canción.



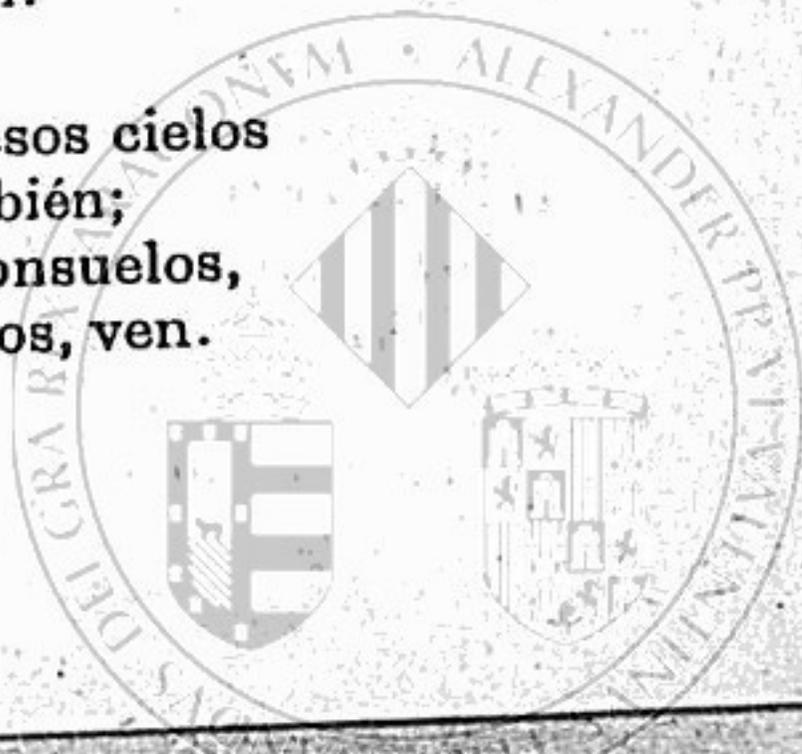
Cierra los ojos dulce beleño...
Nace del alma plácido ensueño...
Viene la imagen de la hermosura,
Idolo casto de nieve pura,
Viene risueña, viene hacia mí,
Abrese el cielo, luce la estrella;
Entre sus luces reparo en *ella*...
Ella es un astro, ella está allí.

Abrese el cielo y miro...
Miro absorto un edén...
Triste mando un suspiro...
Río y lloro... ¡deliro!...
Ríe mi amor también.

.

¡Ay! venid, sueños de amores,
Misterios del corazón,
Venid á embriagar mi espíritu
Con los místicos rumores
De la dorada ilusión.

Lo que miro en esos cielos
Es el rostro de mi bien;
Ven á darme tus consuelos,
¡Ay! ven á mis brazos, ven.

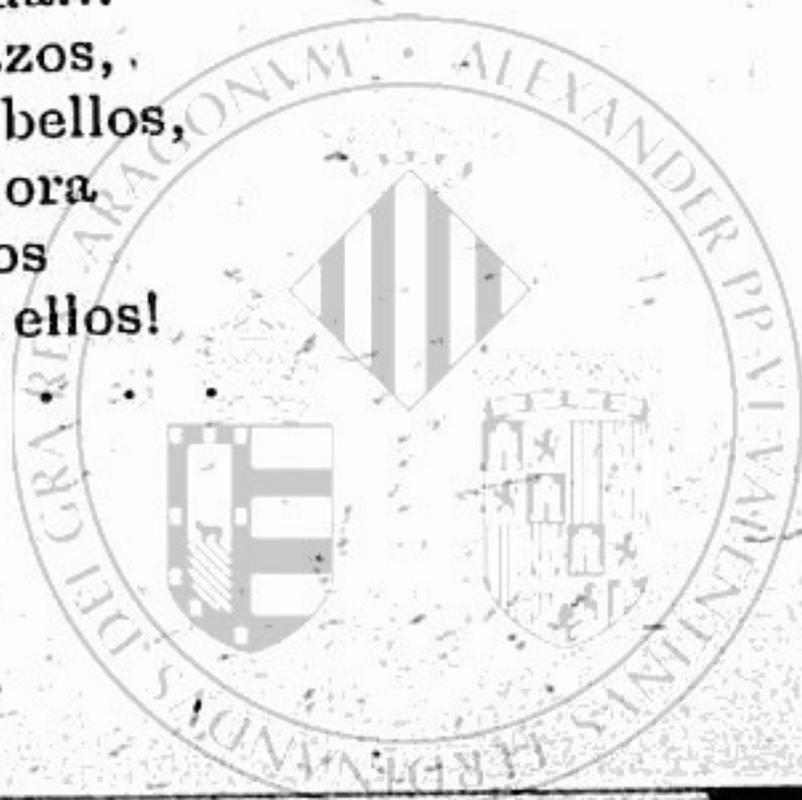


Adormida la mirada
 De casto amor impregnada...
 Esparcidos los cabellos,
 Rubios y profusos ellos,
 Entre rosicleres púdicos
 Responde tierna á mi voz.
 Con amor que se deslie
 En las niñas de sus ojos,
 Ya se acerca y me sonríe...
 Son más vivos los sonrojos
 Y amante por fin y trémula
 Cae en mis brazos veloz.

.

Héla aquí desvanecida,
 Llena de amor, de embeleso,
 La misma esencia en un beso
 Recibiendo de mi vida;
 Héla aquí entre mis brazos
 De ventura estremecida...
 Héla aquí formando lazos,
 Que son tan dulces y bellos,
 Que el pérfido azar ahora
 Hecho tan solo pedazos
 Puede arrancarme de ellos!

.

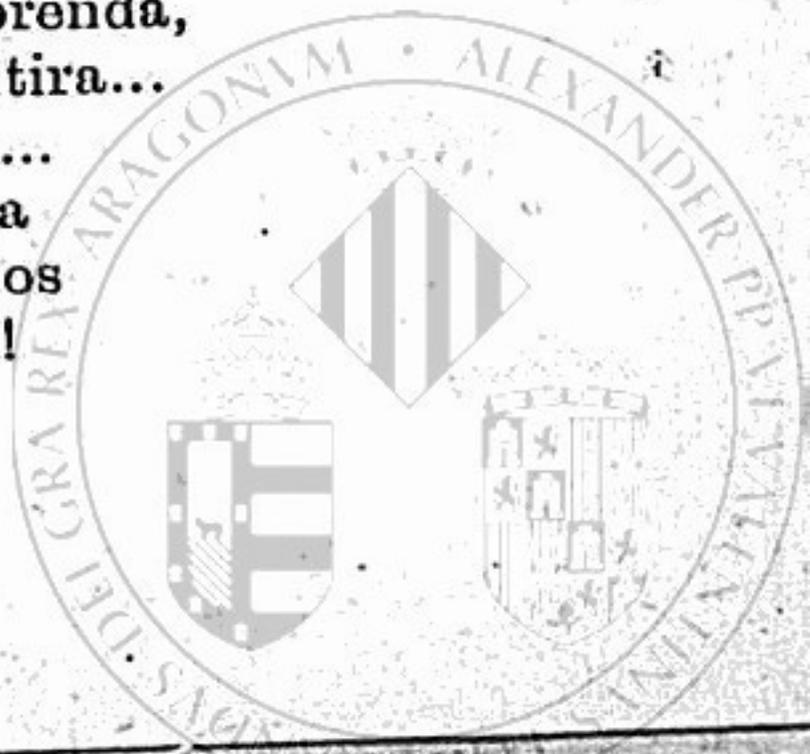


¿Me amas, bién mío?
—Con desvarío.
—¡Ay! ¡Te amo tanto!...
—¿Por qué tu llanto?
—¿Lloro?... no lo sabía...
Lloro y no sé que lloro,
¡Ay! sí; porque te adoro.
Dulce melancolía
Es esta de mi amor.

—Seca esa lágrima,
Brille sereno
Tu rostro lleno
De resplandor.

.....
Nos amamos
Con delirio;
¡Ay! ¿no es cierto
Blanco lirio,
Lirio abierto
Del jardín?

No, mi prenda,
No es mentira...
Vé los ojos...
¡Mira, mira
Que sonrojos
De carmín!



Volemos presurosos
En alas del cariño
La inocencia del niño
Que una siempre á los dos.
Huyamos de la tierra,
Mi dulce bién querido,
Huyamos del olvido,
Volemos hacia Dios.

Volemos, presura,
Volemos, volemos,
Arriba á la altura,
Huyamos de aquí.

Ya corro,
Ya vuelo,
—Ya aspiro
Consuelo;
—Tocamos
El cielo.
Ya cerca
Llegamos.
—Anhelo
Tocar.
—Vagamos
Sin rumbo...
Ya toco...
Ya cedo...



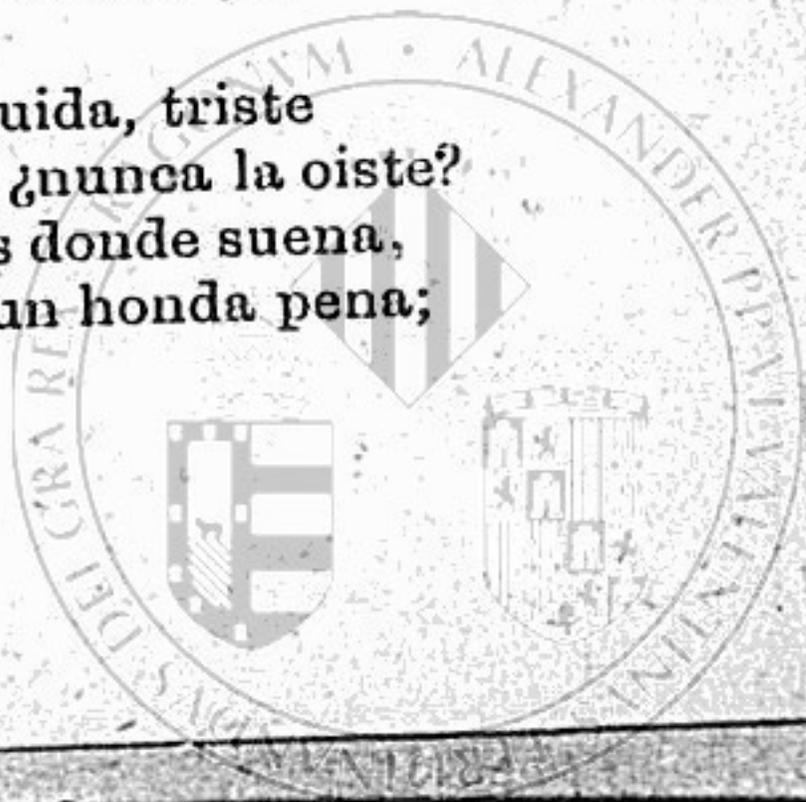
Sucumbo,
No sigo,
No puedo
Llegar.

Imágen blanca suya,
¿Dónde huyes, dónde vas?
¿Por qué impides que huya?
¿Por qué me quedo atrás?

Se desliza, se desliza...
Se confunde en el arcano...
Es un destello lejano
Que allá se pierde en lo azul;
Es humo que se disipa...
Deshecho copo de nieve...
Neblina, luz, aura leve,
Crepúsculo, gasa y tul.

Disipóse la figura...
En la niebla se perdió;
Es noche lóbrega, oscura...
¡Ay! ¡Cuánto he soñado yo!

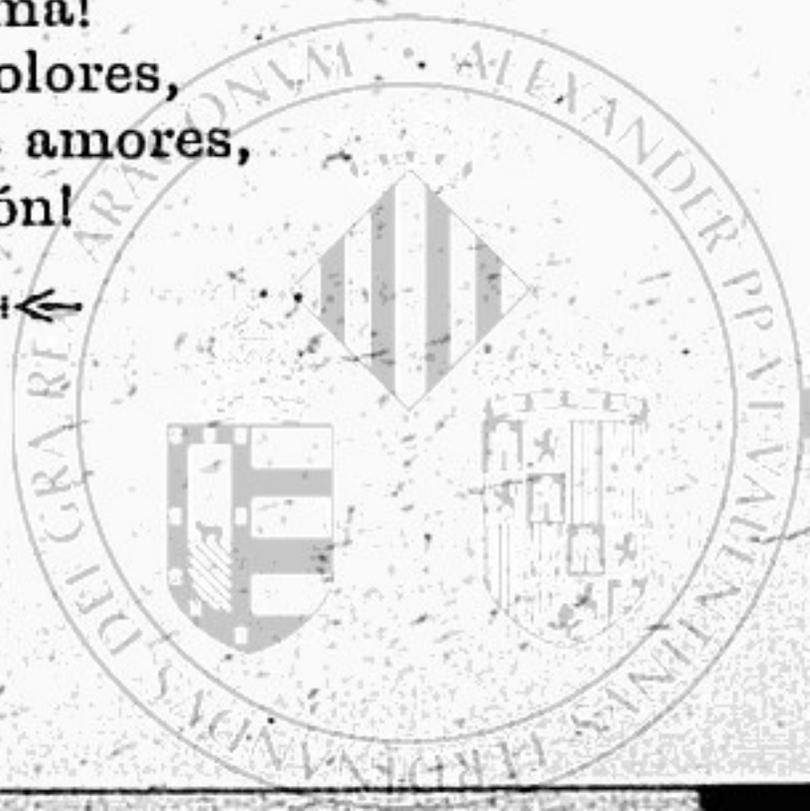
Nota suave, lánguida, triste
De un mudo canto ¿nunca la oíste?
Dentro del alma es donde suena,
Entre gemidos de un honda pena;



Oyese en hora, hora cruel;
 Oyese cuando el Sol no arde,
 Oyese cuando muere la tarde,
 Cuando en Otoño seca el plantel.

La triste música entona
 El canto de la piedad,
 Porque mira una corona
 Rodeada de claridad.
 Es la corona radiante,
 La del martir que es amante,
 La del sueño que voló.
 Es un recuerdo de gloria,
 Es de la esperanza un símbolo,
 Es una triste memoria
 De la dicha que pasó.

¿Y pasa la dicha? siempre...
 Se deshace la ventura,
 ¿Y qué queda? la amargura
 Y los sueños, sueños son.
 ¡Callaos, ecos del alma!
 Si nuncios sois de dolores,
 Huid, ¡ay! sueños de amores,
 ¡Misterios del corazón!



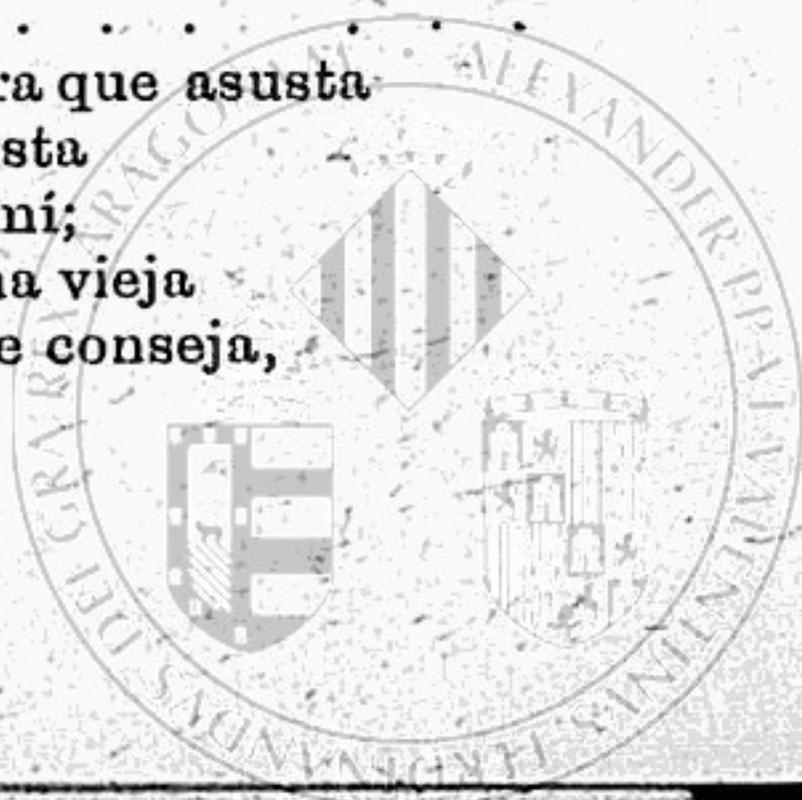
FIEBRE DE AMOR

Oh, Dios! qué intenso frío!
Se me crispa la piel, que se aridece,
Y en largo calofrío
Tiembla convulso el cuerpo y se estremece...
Languidez que me rinde y tulle y balda
Suelta y desprende de mi ser las hebras...
Y parece que en hielo por mi espalda
Remolinos discurren ó culebras...
Arde mi frente ahora...
Laten las sienes con impulso loco,
Y ardor, que va en creciente y que devora,
Me agita y me consume... y me sofoco
Diente con diente sigo y, tiritando,
No puedo apénas modular acento.
Ni yá tampoco errante y divagando
Me es posible fijar el pensamiento.
¡Qué dolor! un incendio es mi cabeza;
Mis ojos yá no ven;... quimera insana!...
¿Más dónde me lleváis con tal presteza?...
Dónde estoy?... pero... ¡Cielos!... su ventana!...

¡Ella!... ¡qué linda! como su mirada
El corazón me hierde!...
Parece que me dice enamorada:
«Ven, que mi amor lo quiere;
Ven y no sufras, cuéntame tu pena
Y dime si la causa mi cariño,
Yo te consuelo y de ternura llena
Mimos te haré como se mima un niño.»
Pero ¡cómo! ¿te vas? ¿qué nube blanca
Es esa que en el cielo se dibuja?
¿Por qué del lado mio así te arranca
Y con desden me empuja?
Escúchame por Dios... ¡Seguir no puedo!...
Queda un instante más aquí conmigo,
Porque allí el Hado viene mi enemigo
Y tengo mucho miedo!...

Oh! ten piedad; si vienes por mi vida,
Ténla, que no la invoco;
Mas no hagas en el alma nueva herida
Que es horrible la muerte poco á poco.

Negro fantasma, sombra que asusta
Viene indecisa; cara vetusta
Fija su rumbo, llégase á mí;
Ronco gemido, voz de una vieja
Gruñe entre dientes triste conseja,

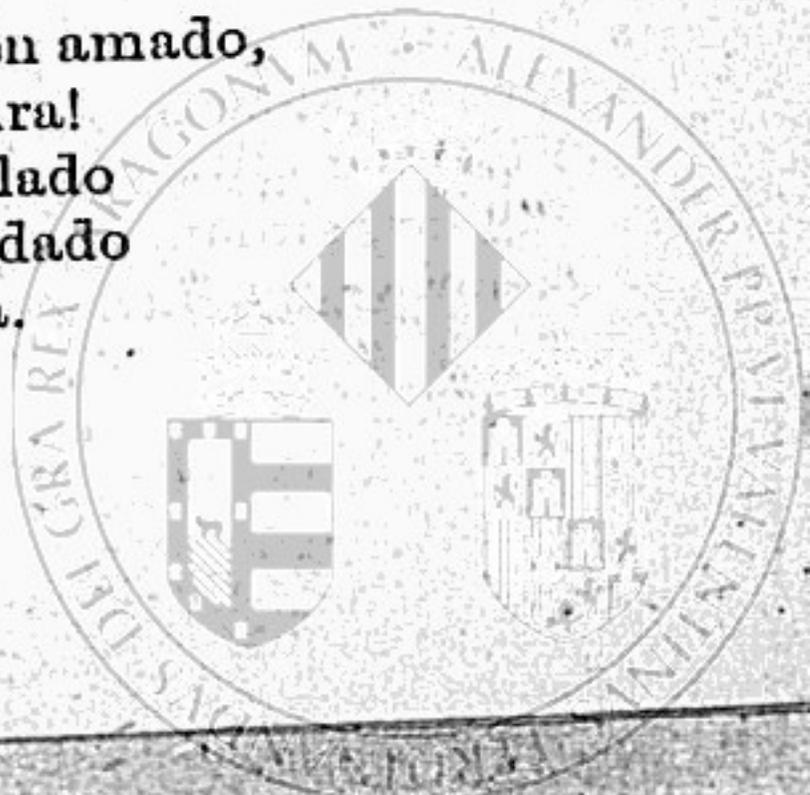


Rabia y murmura, diceme así:

«Vengo á tu lado, vengo de nuevo
Yo te la quito, yo me la llevo,
Vive y lamenta pena tenaz.»
¿Vive me dices, llora tu cuita?
Dios te confunda, vieja maldita,
Véte al infierno, déjame en paz.

Ay! respiro; se fué.... dejóme á solas.
Mas ¡qué calor! ardiendo está el contorno;
Corren las llamas cual si fuesen olas
Y la tierra es un horno....
Canícula es sin duda
Y el rústico la broza quema ruda.
Me ahogo aquí... ¿la fuente cristalina
Por dónde la hallaré!... la sed me abrasa
Y el agua por aquí no está vecina.
Todo el fuego lo arrasa...
Es preciso correr... ya llega pronto...
Mas... ¡no puedo!.. sucumbo—Ah! qué tonto!
Tonto de mí, ¿pues qué, no estoy en casa?

Ay, gracias, mi bién amado,
¡Qué deliciosa frescura!
Mira, siéntate á mi lado
Ya que tu tierno cuidado
Mitigó mi calentura.



¡Me mira por fin!...

¿Es un lago lo que miro?
Flotan allí sus enaguas
Y ella vá sobre las aguas
Que me ahogan un suspiro...

Cisnes y patos y peces...
Voy á beber... ¡qué secura!
Ay! no es agua... que son heces
Del cáliz de mi amargura!

Ese lago era un desierto
Y me abrasan sus arenas;...
Ella se aleja de cierto
Y á mí me ahogan las penas.

Las nubes agrupadas en móntones
Pasando ván delante de la luna
En forma de vellones;...
Son tal vez las que nublan mi fortuna!
Y *Ella* otra vez!... allí la estoy mirando...
Y ella también parece que me mira
Con su mirar tan blando,
Diciendo como el eco de una lira:
No sembraste tu amor en campo yermo,

Yo te quiero también, mi pobre enfermo.

Y entretanto las nubes mas avanzan...

Allá van, allá van, y paso á paso

Por fin el disco de la Diosa alcanzan

Y sumergen su luz en triste ocaso!...

Y ora ya de mi vista

Desparece por siempre y me contrista!...

Está lloviendo; nubarrón deshecho

Cala mis huesos. . húndeme una sima!...

Pero, ah! que no hay nubes, que es el techo

Lo que abriendo los ojos veo encima,

Con el cuerpo mojado y ropa y lecho,

Sin que mi vida al fin sus hilos quiebre,

Por el sudor de la ardorosa fiebre!

 Mi agitación se calma;

Ven mis ojos y oyen mis oídos,

No yá locuras que imagina el alma

Sino al órden réal de los sentidos.

Ya la sangre circula lentamente;

Las sienés laten ya con más blandura,

Y refrescando la abrasada frente

Termina la angüstiosa calentura.

¡Cuán tristes suenan las pausadas horas

Que vá marcando la callada esfera!
¡Pobre de mi, que las escucho atento
Mirando como siguen su carrera
De golpe en golpe lento!
Y andan ellas, y corren y no paran,
Sin que el ánimo logre en su agonía
Que una tan solo grata le sonría.
Ora las sombras de callada noche,
Ora los rayos de esplendente día
Cambiando van su turno, sin que pueda
Ver que también, turnando como el tiempo,
La buena dicha á mi dolor suceda!

Fantasmas vanos de una inquieta mente,
Sombras de lo que fué, dejadme os pido
Y no más abatido
Queráis verme infeliz, ni más doliente;
O pronto al menos de pasión tan dura
Abreviad los martirios,
Y de esta fatigosa calentura
Pueda al fin con mi amor y sus delirios
Descansar en tranquila sepultura!



PRECIO 1,50 PESETAS

